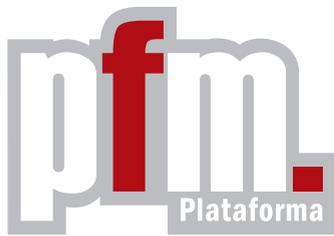


pfm.
Plataforma



Los rostros de los héroes



Facultad de Comunicación Social-Periodismo
Universidad Pontificia Bolivariana
Seccional Bucaramanga

Rector UPB Bucaramanga Mons. Primitivo Sierra Cano
Escuela de Ciencias Sociales Decano Raúl Jaimes Hernández
Facultad de Comunicación Social y Periodismo Directora Olga Beatriz Rueda Barrios

Dirección y edición Ivonne Rodríguez González

Subeditora Stefany Uribe Cueto

Periodistas en esta edición Jorge Mayorga
Claudia Merchán
Laura Tamayo
Melissa Quiroz
Stephanía Pinzón Serrano
Danny Alexis Torra
Daniel Bareño
Shara M. Layton
Lifeth Cotes
Daniela Flórez
Katheryn Villar
Jarhat Franco
Nathalia Cediell Domínguez
María Fernanda Sánchez Báez
Rafael Enrique Schmalbach Garcés
Andrea Paola Henao
Angie Carolina Forero
Laura Melissa Estupiñán
Laura Peña
Laura Pinilla
Karen Sánchez
Miguel Alguero
David Gómez
José Pinilla
Paola Andrea Niño León
Tania Cecilia Gómez Camacho
María Paz Atuesta Camargo
Angie Carolina Rodríguez Angarita
María Angélica Campos Barahona
Wendy Alejandra Santos Niño
Jhon Sebastián Suárez

Fotografía portada Jorge Mayorga

Fotografías internas Cortesía Archivo Fotográfico Vanguardia Liberal
Periodistas Géneros Periodísticos I agosto-noviembre 2015
Jorge Mayorga

Diseño e Impresión Futura Diseño e Impresión

Universidad Pontificia Bolivariana
Km. 7 autopista a Piedecuesta
PBX: 6796220 Extensión 592
Fax: 6799080 A.A. 2932
Santander, Colombia.

plataforma@upb.edu.co
www.plataformaupb.com

Facebook Revista Pfm (Plataforma)

Twitter @RevistaPfm

ISSN 1909-4213

47

-DISTRIBUCIÓN GRATUITA-

Sumario

Almas de fuego	2
Los Zambrano Rodríguez: tres generaciones de narices rojas	5
La tierra de quienes la trabajan	8
Mi mejor amiga: la máquina de escribir	11
Hola, soy Iván y soy tanatólogo	14
El tren que nunca dijo adiós	16
Ascensoristas, ¿tradición o necesidad?	19
Los héroes de naranja	22
Luis Enrique y la pasión por el video arte	26
“Todos buscan el amor verdadero; yo busco jugar al fútbol toda mi vida”: Danilo Moreno	29
Sepultando vidas	35

Lea también en plataformaupb.com:

De río a caño, un paraíso olvidado

La fiesta del gol que tiñó de rojo el estadio Alfonso López

La lucha de Mery

La mata que no mata

Coleccionando recuerdos

Tía, el inmortal supermercado que transporta a los años 90

Las ideas y opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad exclusiva de sus autores. La reproducción de los textos aquí publicados se permite, si se citan el autor y la fuente.

Esta segunda edición del año es una apuesta por la crónica. Los estudiantes de Géneros Periodísticos 1, durante el segundo semestre de 2015, buscaron los rostros de esos personajes que realizan varios oficios y funciones importantes para la ciudad. La primera de estas historias relata el trajín y la pasión con la que trabaja el Cuerpo de Bomberos de Bucaramanga, cómo es su reacción ante cada emergencia y el espíritu constante de ayudar a quienes los necesitan.

Otras crónicas ahondan en la historia de los Zambrano Rodríguez, una familia que creció en el arte clown y que transmite la pasión de Los Tongorines, como se hacen llamar, por generaciones. Otros periodistas resaltaron la labor de los campesinos que cultivan y producen los alimentos, su arraigo por la tierra y la esperanza de mejorar sus condiciones de vida.

En estas páginas también encontrará el relato de los famosos “tinterillos”, personas que sacan mesas y máquinas de escribir a las calles para elaborar documentos de petición y hasta tutelas, consultados por ciudadanos que están preocupados o necesitados de una reclamación. Otra de las crónicas se enfrenta a los tabúes de la “muerte” y conversa con varios tanatólogos, personas expertas en preparar y maquillar los cuerpos de personas sin vida antes de su funeral.

Las memorias de quienes trabajaron en los Ferrocarriles de Colombia no pueden quedar atrás. Una narración reconstruye las anécdotas y recuerdos de Argemiro Chávez y Abelino Ayala, quienes trabajaron en la locomotora que transportaba pasajeros desde la antigua estación del Café Madrid, por la región del Magdalena Medio, hasta la Costa Caribe.

¿Ascensoristas? Sí. Este es otro oficio que aún desempeñan varias personas en la ciudad, dedicados todo el día al servicio de usuarios que necesitan movilizarse de un piso a otro en menos tiempo. Sus relatos evidencian la profunda paciencia que implica estar ocho horas de pie o sentados, indicando números, de arriba abajo, con pocas posibilidades de lograr una larga conversación con las decenas de personas que utilizan los ascensores.

Cuatro historias más destacan la labor de los integrantes de la Defensa Civil, que todos los días arriesgan sus vidas para atender los llamados de emergencia; de Luis Enrique Hurtado, el hombre que quizá tiene la cineteca más completa de la capital santandereana y que se resiste a cerrar las puertas de Video Arte Chaplin, un lugar donde reposan 3 mil cintas en distintos formatos. También la de Danilo Moreno, una proeza del fútbol santandereano que desde niño se prepara en las canchas formándose como el mejor pateador. La edición cierra con los testimonios de varios sepultureros, por qué llegaron a trabajar en los cementerios y cuál es su concepto sobre la vida y la muerte.

Más crónicas y galerías realizadas para esta edición, podrá consultarlas en la versión digital www.plataformaupb.com. *Plataforma* es producto de los ejercicios de reportería de los estudiantes de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo y del Semillero de Investigación en Prensa Escrita, de la Universidad Pontificia Bolivariana Seccional Bucaramanga. Agradecemos sus comentarios o sugerencias a plataforma@upb.edu.co, a la cuenta en Facebook Revista Pfm (Plataforma) o al Twitter @RevistaPfm.

Almas de fuego

La labor de un bombero no solo es apagar incendios porque más allá de las llamas, hay otras emergencias que son atendidas sin importar qué complejidad representan. Estos hombres de gran valor dedican más que el tiempo, la vida, a su prioridad: el servicio a la comunidad.



El incendio se registró en la quebrada el Loro, la noche del martes 20 de octubre, cerca de las 8 de la noche. Gracias a la intervención oportuna de los bomberos, la deflagración no logró alcanzar las residencias cercanas. **Foto: Paola Andrea Niño León.**

Por:

Paola Andrea Niño León | paola.nino.2013@upb.edu.co

Tania Cecilia Gómez Camacho | tania.gomez.2014@upb.edu.co

Repica la campana. Es la señal de que ha pasado algo grave. El teniente Jorge Peña González, un hombre de tez blanca, de contextura gruesa y voz fuerte, alerta a unos ocho bomberos que hacen parte de su equipo para atender una nueva emergencia. Son especialistas en alistarse. En menos de un minuto ya están todos dentro del vehículo contraincendios. “Es un incendio estructural”, le informa el teniente a su equipo.

Son aproximadamente las 10 de la noche. Los bomberos están a disposición de la comunidad las 24 horas. Esta vez alistan el vehículo color rojo por tratarse de un incendio. El maquinista Jorge Mongüí se encarga de graduar la cantidad de agua que utilizarán para apagar los lengüetazos de fuego que salen por las ventanas de un edificio de una universidad en Bucaramanga. “Rápido, rápido, se propaga el incendio”, ordena el teniente Peña a sus coequiperos Yesid Peña, William González y Mauricio Contreras.

Mauricio es quien baja primero para forzar los candados que en ese momento impiden un fácil ingreso. Yesid baja cargando una enorme manguera blanca conectada al carro cisterna y que no es como una común de jardín, pues a diferencia de las que hay en casa es ajustable la cantidad de agua que pasa por ella y al grado de dispersión, según la necesidad del momento. William es clave en el instante, pues es quien da largas a la manguera.

Es así como el equipo se da a la tarea de trabajar con esfuerzo y dedicación. Una vez frente a la emergencia el teniente Jorge Peña indica cómo proceder para apagar las llamas. “Jaime, Jaime, me regalas agua... muchachos, ojo con el vapor en la cara”, grita preocupado. Mauricio Contreras se une a las instrucciones del teniente: “ahí hay más manguera, tírela compañero, tírela”. Cuando están terminando de apagar las llamas, el teniente Peña concreta: “a su derecha... neblina (humo)... cierre, cierre... ya no más agua, ya no más agua... Peñitaaa”.

Cuando los bomberos creen que las llamas se extinguieron, se dan cuenta que el humo ha abarcado el segundo piso. William corre angustiado en busca de una escalera para ingresar por la parte trasera del edificio, pues necesitan abrir las ventanas de inmediato para poder liberar el humo. Contreras observa que no hay acceso al lugar y enseguida le avisa al teniente: “hay que romper puertas”. Con herramientas especiales, se disponen a romperlas, pero es inútil, entonces recurren a forzarlas con varias patadas porque la preocupación no da espera.

Esta es una escena recurrente para el cuerpo de bomberos, que cada día atiende en promedio como mínimo 15 emergencias. Estas van desde atender incendios, accidentes de tránsito, rescates en espacios confinados, en alturas y aguas profundas, manejo de materiales peligrosos, hasta el rescate de mascotas como gatos, perros y loros, pero todas estas acciones las realizan con el mismo empeño, pues como lo dice Mongüí “todas las emergencias por más pequeñas y simples que parezcan, tienen el mismo valor”.

Según la emergencia que se presente, disponen de diferentes máquinas las cuales están clasificadas por colores. Mauricio Contreras explica que “las rojas atienden incendios, las blancas son ambulancia o rescate, y las verdes o amarillas son carro tanques”.

El Cuerpo Oficial de Bomberos de Bucaramanga se divide en tres compañías, los turnos son de 24 horas, durante las cuales están predispuestos para atender las situaciones que se presenten en la ciudad, Girón o Chimitá.



Los bomberos, además de luchar por las necesidades de las personas, también se ocupan por el bienestar de todos los seres vivos. Foto: Suministrada Bomberos de Bucaramanga.

En una de las compañías trabaja el bombero más antiguo, José Ángel Acevedo Viviesca, quien lleva 35 años en la institución y se ha desempeñado como maquinista durante 32 años, su motivación es poder servir a la comunidad. Cuando se le pregunta sobre cuál ha sido la situación más difícil que ha vivido, recuerda la muerte de una niña de tres años un Día de las Madres. Fue un accidente. Para avivar las llamas de un asado, una mujer volteó una pimpina de combustible y sin querer la arrojó sobre la pequeña, quien era su hija. “Fue impactante”, recuerda.

José Ángel tiene un vínculo muy fuerte con otras instituciones y sus compañeros, pues él los considera como parte de la familia; quebrantando su voz recuerda a su esposa, fallecida hace seis años, quien era muy allegada a los bomberos y querida por todos, además de ser su apoyo incondicional. Acevedo dice que “hay que llevar esta labor con amor, yo quiero mucho a Bomberos”.

La estación central se divide en dos partes, el área administrativa y el área de operaciones donde están el patio de máquinas, puerto de herramientas, comedor; en el sector de arriba se encuentra la central de comunicaciones, una de las más avanzadas de Latinoamérica, además, cuentan con alojamiento y un gimnasio. El teniente Jorge Peña afirma que “las tres compañías tienen un total de 87 bomberos, dentro de estos hay 18 aspirantes, que se encuentran capacitándose durante 6 meses, para que puedan ingresar a las filas”.

De nuevo repica la campana, son alrededor de las ocho de la noche, el teniente Peña informa que “ha ▶

ocurrido un incendio forestal”, casi al compás del sonido de alerta, el maquinista Jaime Mongüí enciende motores, mientras los bomberos Carlos Angarita y Hernando Torres preparan su equipo y suben al vehículo.

El equipo de un bombero pesa 35 a 45 kilos, consta de un pantalón, botas, chaquetón y casco, los trajes están marcados, cada casco tiene un número ‘fluorescente’ en especial que los identifica. Este material resiste los 900 grados de temperatura.

Al llegar al lugar del siniestro, cruzan una cerca y bajan a un precipicio, la deflagración se extiende por la vegetación que rodea la quebrada el Loro; Angarita y Torres corren por las mangueras, después de haber inspeccionado el lugar. Mongüí grita “cuidado hay una caída profunda, hay que bajar con cautela”.

Con la poca luz que irradia la linterna, el maquinista indica por dónde hay que comenzar “empecemos por la parte superior para que al bajar no se queme la manguera”, “listo, listo, suelte agua Mongüí”, dice Angarita. Mientras tanto Torres ayuda a tirar la manguera, a pesar de la complejidad del terreno, logran apagar el fuego.

Cuando la deflagración ha finalizado, toman un respiro. Para olvidar la tensión del desastre tienen un método muy especial y efectivo, que consiste en sobrellevar con humor las situaciones que se han presentado. “Esto es como un antídoto para nosotros porque nos ayuda a canalizar las emociones”, expresa Hernando Torres.

Todos los días a las cuatro de la tarde como lo estipula el horario de trabajo, los bomberos se reúnen para jugar voleibol en la cancha de la estación. Allí, estos hombres de gran valor se divierten y olvidan los momentos de impacto a los que se enfrentan en su labor.

Jaime Mongüí, quien lleva 28 años en la institución y es maquinista e instructor de rescate vertical, recuerda que lo que más le ha causado tristeza es ver que las víctimas sean niños. Esta situación la presenció en el barrio 12 de Octubre, donde un alud de tierra se desprendió, causando una avalancha sobre varias viviendas en 2014. “Ser bombero implica mucho riesgo, uno no sabe si va a volver, pero cuando recuerdo que somos una institución y somos parte de la solución, acudimos de inmediato”, afirma.

La labor de los bomberos está comprometida al servicio de los que necesitan una ayuda, a pesar de los riesgos, acuden con entrega y pasión a cada situación, ser valientes es una característica que los distingue del resto de la sociedad, en una frase corta Mongüí resume el fin de su labor “a veces es mejor ser útil que importante”.

El trabajo de los bomberos de la ciudad de Bucaramanga se basa en el trabajo en equipo, en tener la capacidad de entrega y sacrificio para la comunidad en general, porque su deber es proteger a todos aquellos que se enfrentan alguna vez, cara a cara, con el peligro.



La deflagración de algunos edificios de Bucaramanga se ha podido controlar gracias a la rápida acción de los bomberos de la ciudad. Foto: Paola Andrea Niño León.

Los Zambrano Rodríguez: tres generaciones de narices rojas

Ocho décadas divirtiendo al público colombiano, y una familia que creció bajo la luz de un reflector de circo, es el legado que ha dejado Pedro Zambrano al arte clown en Colombia, por medio de su grupo de payasos Los Tongorines.



Tongorito sostiene en sus manos un baluarte inolvidable de su carrera: el momento en que compartió set de grabación junto a Pacheco y los mejores payasos de la época. De izquierda a derecha: Mery Rodríguez, Pedro Zambrano, Tuerquita el payaso junto a su esposa, y Alberto 'Pernito' Noya con su mujer.

Por:

Claudia Merchán | claudia.merchan.2014@upb.edu.co

Laura Tamayo | laura.tamayo.2014@upb.edu.co

Melissa Quiroz | melissa.quiroz.2014@upb.edu.co

A finales de la década de los 60, el payaso Tongorito en lo más alto de su carrera artística disfrutaba junto a sus colegas Tuerquita, Pernito y sus esposas, en el estudio de grabación de uno de los programas más representativos en la historia de la

televisión colombiana: Animalandia, conducido por El Gran Pacheco.

Los ojos de Colombia están puestos en Pedro Zambrano (Tongorito), quien con su show acaba de sorprender una vez más al público. Este fue un momento inolvidable que marcó su carrera, así lo recuerda a sus 85 años con prominente nostalgia desde la sala de su casa en el barrio Santa Cruz en Girón, Santander. ►

Hallar la casa de Los Tongorines no es una tarea difícil, -en una calle estrecha del barrio- sostiene en la cabecera de la puerta un pequeño letrero que anuncia la llegada a un hogar habitado por tres generaciones que llevan el *clown* en la sangre. Decorada por cuadros, carteles y fotografías que compilan toda una vida de ‘payasadas’. Tongorito le abrió la puerta a *Plataforma*, y en compañía de su familia relató cómo fue su vida en los circos, esta es su historia...

Nació en Bucaramanga en 1930. Desde niño demostró gran interés y gusto por los circos que llegaban a la ciudad, alcanzó tal afición que hacia la década de los 50 su mamá, cansada de perseguirlo y sacarlo de los circos, decidió enviarlo a una correccional con la intención de evitar que su vida siguiera transcurriendo bajo una carpa.

“Mi mamá me sacaba de los circos a palo o a piedra, y yo le decía que a mí me gustaba eso, que no me molestara. Ella me echaba a la policía, me mandaba a la correccional y todo eso para qué”, relata sentado desde su mecedora al lado de su esposa Mery, y dos de sus hijos Mauricio (Pulguita) y Milton (Tongorín), quienes son parte del legado de Los Tongorines.

Fue así como en 1954 debutó en el Circo Negrín Hermanos, tras muchos intentos por ser incluido en el acto, apropiándose por primera vez de la identidad que lo acompaña hasta hoy. Maquillado y listo para salir a escena, Pedro se encontraba aún sin un nombre artístico que lo identificara, hasta que detrás de bambalinas uno de sus compañeros decide bautizarlo haciendo alusión al sombrero de su vestimenta: Tongorito. A partir de ese día y por el resto de su carrera, conservó la misma forma de maquillarse en todas sus presentaciones.

Amor con olor a serrín

Detrás de la mecedora, sentada en una pequeña banca, una mujer morena, de corta estatura y con una enorme sonrisa; alza la mano tímidamente para opinar sobre las anécdotas que narra su familia, contando desde su punto de vista lo que es la vida en el circo. Su nombre es Mery Rodríguez, compañera de vida y esposa de Tongorito; cuando era estudiante de Comercio en la ciudad de Bogotá, lejos estaba de imaginarse que terminaría siendo una artista de circo.

Bajo las restricciones que tenía su conservadora familia, Mery logró ir al circo en compañía de su tía y sus dos primos. Durante uno de los shows más representativos de Tongorito en la época, quedó iluminada bajo el reflector al lado de cientos de personas y fue allí cuando comenzó un

“La diferencia entre el circo antiguo y el de ahora era el olor a serrín, eso atraía a la gente, ellos pasaban y decían ‘uy huele a circo’”- Tongorín

amor lleno de tropiezos, que terminaría siendo la semilla de una familia ambulante acostumbrada a convertir una carpa de circo en su hogar. Se convirtió en bailarina, animadora, presentadora, e incluso maestra de estudio de una generación del circo de los Hermanos Gasca.

Fruto de esta inusual unión, nacieron cuatro hijos que se enorgullecen de la vida que sus padres les dieron. Los días para la familia Zambrano no transcurrían de forma normal, Tongorito cambió la educación tradicional de los colegios por la formación artística que recibían a diario sus hijos en el circo. A diferencia de la mayoría de niños, que recuerdan el barrio donde crecieron, Los Tongorines mencionan con alegría el paso de los años recorriendo los rincones del territorio colombiano.

A pesar de que el talento de Tongorito les llevó a debutar en múltiples tapetes, hubo un circo en especial que marcó la historia y crecimiento de la familia Zambrano. El Nueva Ola Circus fue el lugar donde aprendieron de los mejores maestros el arte de hacer *clown* como en los viejos tiempos. Gracias a estos conocimientos adquiridos, y fruto de innumerables errores en el proceso, se creó el colectivo artístico de payasos Los Tongorines conformado por: Milton (Tongorín), Mauricio (Pulguita), Peter (Pitín), y Jonson (Regalito).

Muchos de ellos ya no hacen parte de este grupo en la actualidad; Peter por un lado, se ha convertido en un artista de talla mundial, engrandeciendo la herencia que su padre le dejó desde el principio. Su capacidad de hacer reír al público lo ha llevado a países como Chile, Brasil y Uruguay e incluso en una ocasión a viajar de la mano de Tongorito hasta Manchester, Inglaterra. Jonson ‘Regalito’ Zambrano, después de un accidente automovilístico abandonó a Los Tongorines para siempre, pero su recuerdo sigue vivo como puede apreciarse en las fotografías que hoy adornan la casa.

La profesión más seria del mundo

La grandeza de estos artistas no se debe solamente al ejemplo de grandes maestros del *clown*, al contacto con circos de reconocido prestigio, ni a la pasión por la comedia heredada de su padre; sino también a la disciplina y esfuerzo empleados día a día para convertirse en los mejores payasos.

Mientras Mauricio se pone de pie para ir a buscar algunos álbumes familiares, Milton atiende a algunos pequeños que se asoman para saludar a su abuelo y les pide cómicamente que hagan silencio. Es así como entre risas y bromas en familia, Los Tongorines desmintieron el mito de que la vida en el circo es desordenada e indisciplinada. “Usted quiere ver una profesión seria, vaya vea un payaso. La gente no sabe el valor tan grande que tenemos, hacer reír es difícil, por eso es una profesión importante”, afirma Pulguita, mientras el ambiente en la sala se torna serio.

Los horarios en el circo eran como un chiste mal contado, Tongorito y su familia acostumbraban a tener largas jornadas de trabajo, en las que se podía evidenciar el compromiso de cada uno para dar lo mejor de sí bajo los reflectores. Se creería que después de una extenuante presentación el elenco del circo iba a descansar, pero en realidad ahí comenzaban los arduos ensayos para corregir los errores de la pasada puesta en escena.

Sin duda, con el paso del tiempo el grupo de artistas se convertía en una familia, pero a la hora de hablar de los descuidos en escena no había compasión. Los payasos cuentan cómo eran sancionados con multas por las fallas cometidas durante el show. Esto elevaba el nivel de exigencia y demandaba la mayor seriedad por parte de los artistas en cada función. Por esta razón Tongorito y su familia se ofenden en cierta medida cuando se usan los términos ‘payaso’ y ‘circo’ para hacer referencia a lugares y personas desordenadas.

Un ejemplo de la seriedad de esta disciplina es el actor bumangués Fabián Mendoza, quien por medio de su trabajo ha tenido la oportunidad de hacer parte del elenco de varias producciones de la televisión colombiana, y al mismo tiempo del teatro *clown*.

Los Tongorines están muy agradecidos con Fabián por la admiración y cariño que ha desarrollado con el paso de los años siguiendo el trabajo de Tongorito. Mencionándolo en la mayoría de tarimas y talleres donde se presenta, y dándolo a conocer en el mundo de la actuación como el payaso más antiguo de Colombia ejerciendo este oficio, Fabián Mendoza ha engrandecido el legado de este *clown*.

La familia Zambrano Rodríguez resalta la labor hecha por este actor en el país, no solamente por el profesionalismo y orgullo con el que ejerce su oficio, sino también por el sentido humano que le imprime a su trabajo y a cada lugar donde lo realiza.

Toribio, el burro que suma, resta y transforma vidas

Son muchos los factores los que influyen en la grandeza de un artista, sería casi imposible hallar la fórmula secreta que usó Tongorito para llegar al estrellato. Sin embargo, si hay algo cierto es que este particular animal reconocido más por su gracia que por su inteligencia, fue un elemento clave en la construcción de un payaso que sacó miles de carcajadas al público colombiano.

“Yo le decía al animal: -a ver Toribio, salga, concéntrese y adéntrese, búsqieme dentro del circo la persona que no pagó la entrada- él salía daba la vuelta, y a la persona que veía comiendo, a ese iba y le caía”, afirma Tongorito en medio de carcajadas al recordar que gracias a este acto inició su historia de amor con Mery. Además, Toribio bailaba, daba besos, jugaba a ser toreado y estar muerto, encantando a los espectadores con su singular comportamiento.

¿Pero cómo lograba Tongorito amaestrar con tanta sencillez a un animal conocido por su terquedad y falta de inteligencia? La educación del animal iniciaba desde pequeño, al comprarlo lo llevaba a su casa y lo mantenía de su lado todo el tiempo usando una soga, simulando el actuar de un cachorro. Por medio de zanahorias y azúcar en los bolsillos lograba que Toribio le obedeciera, no obstante, lo más importante era compartir la mayor cantidad de tiempo con el animal, por lo cual hacían largas caminatas por la carrera 35 de Bucaramanga.

La carrera de Tongorito fue destacada gracias a la presencia de tres burros: Toribio el más importante y el pionero en todo su trabajo como domador de estos animales; Gitano, muy especial también para la familia quienes lo distinguían por su particular color marrón; y Toribio II, recordado por fallecer en el barrio La Joya en los días cercanos a la muerte del padre de Tongorito. En ese instante, se genera una atmósfera de melancolía en la casa fruto del recuerdo que revive a los familiares perdidos.

A pesar de la tristeza que generan las remembranzas, la familia siempre mantiene una sonrisa en su rostro al contar los momentos felices y los difíciles, una amabilidad y simpatía que deja huella en todo aquel que se interesa por su historia de vida. Con un fuerte abrazo y una nariz de payaso como recuerdo se despiden de Plataforma, asegurando que a pesar de las dificultades “el show debe continuar”.

La tierra de quienes la trabajan

A diez minutos de Floridablanca está La Alsacia, una finca donde una familia sobrevive con la producción y comercialización de animales y alimentos. Esta es una historia que rememora cómo es la vida en el campo.



Esta vaca se llama Tormenta. Prácticamente una joya de la familia, pues no sólo es productora de leche sino de crías para la comercialización de su especie.

Foto: Danny Alexis Torra Martínez.

Por:

Stephanía Pinzón Serrano | ingrid.pinzon.2013@upb.edu.co

Danny Alexis Torra | danny.torra.2013@upb.edu.co

Son las siete de la mañana y la tierra ya está arada, el canto del campo lo hacen los cacareos de las más de mil gallinas, gallinetas y pavos que ocupan los galpones de la hacienda La Alsacia. Esta es una finca que ha pasado por las manos de cuatro generaciones y que ahora reposa en el trabajo arduo, de más de ocho horas diarias, de dos hermanos y sus esposas.

Edmundo Caballero y su esposa Lucila Gómez han tomado el mando de la hacienda que cumple más de 70 años de haberse construido. La casa tiene nueve habitaciones y un patio donde se riegan los granos de café en las tardes mientras el sol los seca. Sus muros son construidos en tapia pisada y el techo en caña brava, bareque y teja de barro.

La casa ha envejecido junto con ellos, ya muestra el desgaste de los años que pasaron. Algunas partes del

techo se quebraron y las paredes que dejaron de ser blancas se agrietaron, ya no funciona la antigua hornilla de la cocina que prende con leña, Lucila cuenta que el sismo de magnitud 6.6 en la escala de Richter con epicentro en la Mesa de los Santos que sacudió el 10 de marzo a Bucaramanga en 2015, con una profundidad de 161 kilómetros, partió la pared que la sostenía.

“Hoy el trabajo en la finca puede producir un salario de 1 millón y medio, que no es ni la mitad de lo que antes producía mientras el padre de Edmundo la dirigía”, dice Lucila mientras pela unas papas en la antigua cocina que aún se conserva en esta casa.

Mientras espera a que hierva el agua para preparar una changa, Lucila cuenta que tenía la idea de dejar la finca una vez su hijo Sergio Andrés se graduara de la universidad de Medicina Veterinaria. Tras 25 años de trabajo en el campo, dice que “está cansada”. Pero ya reversó esta decisión, pues su esposo es incapaz de alejarse del patrimonio familiar y la memoria que le ha dejado en sus manos el trabajo de esta tierra consentida por sus abuelos.

“Soy de la ciudad pero pude haber estudiado y trabajado. Podría estar en este momento como mis compañeras con las que trabajaba, que están pensionadas”, recuerda con un cigarrillo en la boca.

Edmundo tuvo la oportunidad de salir del campo y estudiar Zootecnia en la Universidad Cooperativa de Colombia, en Bucaramanga. Y aunque puso todo su conocimiento para trabajar la tierra, siente la ausencia del patrón mayor, su padre, quien hizo crecer tanto la finca que ésta podía sostenerse solo con la producción de septiembre, octubre y noviembre que les daba el café.

Puesto el sol a mediodía el hermano de Edmundo, Raúl Caballero, un hombre de tez morena que impregna el olor y el color de la tierra en sus manos, su ropa y sus botas, riega café en el piso mientras su hijo de ocho años lo ayuda seleccionando el grano que se quedará en Colombia y el que será para exportar. “Este que usted ve acá es el que nunca va a probar. Sólo el mejor café se manda para exportar; el otro se queda acá”, dice Raúl con la mirada atenta a su tarea.

Por ahora la gran descerezadora de café, la máquina que permite despulpar el grano, cuenta con sus grandes rieles y maquinaria la cantidad de producto que pasaba hace unos años cuando los intrusos de la vereda La Alsacia sabían del dinero que éste les producía.

Edmundo cuenta que eran los años 90 cuando guerrilleros y bandidos llegaron a la vereda a hacer de las suyas. Sus tierras eran como si no les pertenecieran, pues fueron obligados a pagar ‘vacunas’, es decir, extorsiones a cambio de que no les secuestraran o asesinaran. Esto sucedía a tan solo 15 minutos de Floridablanca y media hora de Bucaramanga, la capital santandereana.

Aunque pagaron forzados varias de las ‘cuotas’ exigidas por el grupo armado, eso no fue suficiente. Un día el grupo guerrillero secuestró al padre de Edmundo y para que lo regresaran vivo, los obligaron a pagar una ‘recompensa’ de 30 millones de pesos, una fortuna para esa época. Finalmente su padre volvió a casa pero un tiempo después les robaron dos camionetas llenas de productos, un miedo que desmotivó el aliento que les hacía feliz viendo crecer sus tierras.

Aunque la violencia imperaba en la región, Edmundo considera que pese a ello la finca producía muchas ganancias, y además el apoyo del gobierno era más visible. “Ellos enviaban recursos para la siembra de café porque sabían que éramos grandes productores”, cuenta Edmundo diviso Bucaramanga desde el gran mirador que le regala su casa.

En la finca aguardan dos de los tractores que en 2006 el Centro Internacional de Agricultura Tropical de Cali les donó a los campesinos de las veredas de Floridablanca. Pero ellos ni sus vecinos les han podido dar uso y menos venderlas, porque el estado de la vía sigue siendo precario. La vereda La Alsacia, aunque está a tan solo 20 minutos y ocho kilómetros del casco urbano, no cuenta con una vía pavimentada y por tanto, tampoco con un transporte público que permita su acceso rápido. ►



Uno de los alimentos más sagrados a la hora de alimentar a las codornices, es el calcio. Pues si las aves no se mantienen bien alimentadas no producen los huevos suficientes que se requieren para la comercialización. Foto: Danny Alexis Torra Martínez.

Solo carros particulares ofrecen el servicio por 40 mil pesos que representa dos días de trabajo para una persona que gane el mínimo, que son 644 mil 350 pesos en Colombia, un precio exagerado comparándolo con el trayecto a San Gil que queda a 3 horas y 96 kilómetros de Bucaramanga, y cuesta solo 15 mil pesos. La otra opción para subir la trocha es la que dan varios motociclistas, que con 7 mil pesos ofrecen el servicio.

El camino empieza en una esquina escondida donde la carretera muere y solo un sendero con dos hileras de pavimento quebrado la alcanzaba, es como ver el rastro de las cuatro llantas de un carro pero en hileras de pavimento mientras la tierra abandonada se encuentra llena de mugre y baldosa en cuartillas. Esto se desvanece mientras continúa el camino hasta convertirse en solo tierra, agua y sonidos de una gran montaña donde lo único que perturba el ambiente es el motor de los carros y motos que la transitan.

“Bajamos al pueblo tres veces a la semana para poder vender los productos en la Plaza Principal del Floridablanca”, explica Lucila.

La Plaza Principal de Floridablanca solo alquila sus puestos a campesinos productores, mas no a los que quieran revender productos. Edmundo en su tercer periodo como presidente de la Asociación de Usuarios Campesinos de Floridablanca lidera la gestión de esta plaza de mercado hace seis años. Esta plaza cuenta con 180 asociados de todas las veredas del municipio y donde cualquier producto que lleven, se vende para minoristas.

“Aquí todo lo que produce la finca se vende, así que lo que se gane depende del trabajo que hagamos. Nosotros mismos nos ponemos el sueldo”, afirma Edmundo.

La tierra que les da de comer a ellos y sus clientes es rica en agua y su geografía y clima permiten producir café, perejil, apio, cilantro, tomate; maduro, mazorca, trigo, arveja, fríjol; leche, carne de pisco, de gallina criolla y semicriolla, y huevos de codorniz, gallina y pato.

“Por allá en la Quebrada Seca con quince venden patos, pollos y gallinas. Me costó a seis pesos cada pato y esos nunca se enferman, se mueren es de viejos. La gente se pelea por los huevos de pato, y los piscos los ponemos a engordar para diciembre que es cuando más se venden. Las gallinas duran poniendo huevos aproximadamente un año y medio y luego se venden”, dice Raúl.



Edmundo Caballero sigue en la lucha de recuperar la producción y comercialización del sustento diario para la familia que con tanto esfuerzo y dedicación ha sacado adelante. Foto: Danny Alexis Torra Martínez.

Todas las semanas los campesinos que no tienen carro propio para bajar sus productos deben acudir por lo menos tres veces al servicio que ofrecen los transportadores, pues es la única manera en la que pueden comercializarlos en la plaza de mercado. El cobro para los asociados por el alquiler del puesto de venta en la plaza es de 2 mil 500 pesos si es entre semana y 3 mil 500 en los fines de semana por ser los días en los que más gente va.

La plaza tiene tres pisos. En el primer piso queda la plazoleta de mercado. El segundo hay dos locales arrendados donde hay compra y venta de café, y en el tercer piso hay un salón de la asamblea que se arrienda para eventos sociales como cumpleaños y primeras comuniones. Este también funciona como un pequeño hotel con dos habitaciones donde se presta un servicio a los asociados y pueden quedarse por lo menos 16 personas en cada habitación.

“En época electoral, siempre los políticos llegan a hacer campaña y a prometernos una y mil palabras pero finalmente no terminan haciendo nada cuando son elegidos. El alcalde que está terminando en Florida, le colaboramos y luego de que lo eligieron no volvió a la plaza nunca”, rememora Edmundo resignado frente a la realidad de la política en su Departamento.

Liderando la gestión de la plaza, Edmundo encuentra muchas necesidades que deben ser atendidas por los que lideran la región para generar ayudas y apoyo a los campesinos de las veredas. Considera imposible que solamente cuando se hace política manden a arreglar algunas partes de la carretera por recoger votos y cuando ya han obtenido el cargo, se olvidan de los que mueven el sector primario de la economía, “de nosotros los que trabajamos la tierras”, dice Edmundo con orgullo.

Mi mejor amiga: la máquina de escribir

Ser 'tinterillo' es un oficio que llena de orgullo a aquellas personas que trabajan en las calles del centro de Bucaramanga, buscando salir adelante con una máquina de escribir, sus dotes de buenos escritores y amplios conocimientos jurídicos. América Peñuela, Jesús Velasco, Anthony Chavarro, Asdrúbal Velasco y Uriel Castro son algunos de los 14 que con su larga trayectoria en el oficio cuentan cómo llegaron a ser los 'abogados de las calles'. ►



La máquina de escribir hoy extinta en las oficinas públicas, redacciones de tabloides y notarías de turno, sigue siendo la compañera fiel en el trabajo de los 'tinterillos'. Foto: Shara Layton.

Por:

Daniel Bareño | daniel.bareno.2014@upb.edu.co

Shara M. Layton | shara.layton.2014@upb.edu.co

Lifeth Cotes | lifeth.cotes.2013@upb.edu.co

-Buenas tardes Doña América, ¿se acuerda de mí?-, preguntó Wilmar sin bajarse de su taxi.

-No-, respondió ella con cara pensativa mientras cambiaba el papel de su máquina.

-Yo vine la semana pasada, acuérdesese, yo le mandé a hacer una declaración de renta. Es que tengo una duda, en la EPS me dijeron que tengo una deuda hace tres meses..., insiste el taxista.

-Mire, debe realizar una declaración extra juicio y presentarla en la notaría-, orienta América.

-Muchas gracias doña América, cualquier duda estaré pasando por acá de nuevo-, concluyó Wilmar conduciendo desde la esquina de la Dian, por toda la carrera 14.

Esta es una conversación cotidiana entre un cliente y un digitador, también conocido como ‘tinterillo’, quien se dedica a realizar diferentes documentos (derechos de petición, declaraciones de renta, contratos de arriendo, balances y solicitudes) con la herramienta que les da para vivir, la máquina de escribir, y que a pesar de las nuevas tecnologías, 37 años después, aún quedan muchas personas que persisten en esta labor.

A las 9 de la mañana de un día cualquiera, América llega a su espacio de trabajo, un pedazo de andén de la carrera 14 frente a la Dirección de Impuestos y Aduanas Nacionales (Dian). Allí tiende una mesa de reducido tamaño y ubica una silla al igual que sus otros 13 compañeros, saca su máquina marca ‘Brother’, y a su lado derecho pone una resma de hojas blancas quedando a la espera del primer cliente del día.

América, al igual que sus compañeros, espera que este sea un día productivo, pues su trabajo es de paciencia, *“el trabajo día a día va siendo más escaso. Uno depende más que todo de los clientes viejos porque ya cada vez a uno lo van utilizando poco. Usted una carta no la necesita todos los días”-*, comenta Jesús, un tinterillo de 61 años conocido por ser de los pioneros en este oficio, hace 37 años.

Son las 10 de la mañana y América no recibe ningún cliente, desconcertada pero acostumbrada, se llena de

paciencia, pues recuerda con satisfacción que su arduo trabajo les dio un título profesional a sus dos hijos de 27 y 30 años.

Muchos de los que pasan por la carrera 14 y observan a los tinterillos dicen que es un trabajo muy fácil y no se paga arriendo; pero el día a día de estas personas se torna difícil: exponerse al robo o ‘cosquilleo’, solventar los costos que trae su oficio, entre esos, los 60 mil pesos que les cobran al mes en el parqueadero de motos de al frente por la guardar en las noches su puesto de trabajo.

América no es la única que vive de este oficio. De hecho llegó allí porque otro ‘tinterillo’ le presentó a quien en algún momento fue su esposo. Él es Antony Chavarro, el más antiguo del oficio, quien desde hace 37 años es parte de la segunda generación del gremio. Es un moreno de contextura gruesa, barba abundante y aspecto descomplicado, que llama la atención entre el grupo de ‘tinterillos’ y sin dejar de lado su sentido del humor se ríe de que sus compañeros lo apodaron “El mocho”. Esto porque perdió su brazo izquierdo, tras una descarga que recibió de 114 voltios cuando trabajaba en una compañía perforadora de petróleo. El incidente ocurrió hace 16 años, los mismos que lleva laborando como redactor valiéndose de una sola mano.

Justo a las 3 de la tarde, mientras Antony está a la espera de un cliente nuevo, pide un tinto a un vendedor que pasa por el lugar y le pregunta a su compañero Uriel Castro, o como él lo llama “Lagartija”, si desea uno.

-Esa que está allá de rojo, es mi hija-, dijo Antony señalando a otra ‘tinterilla’, una mujer grande y joven



Sobre la carrera 14, en pleno centro de la capital santandereana, se encuentran en fila los ‘tinterillos’ en sus puestos de trabajo: una mesa, una silla y una máquina de escribir. Foto: Lifeth Cotes.



Los 'tinterillos' son expertos en digitar decenas de hojas de forma ágil, tras asesorar jurídicamente a sus clientes. Foto: Shara Layton.

de piel morena. -¿Cuánto tiempo es que lleva usted aquí?-, le preguntó Antony a su hija.

-Papá, ¿usted por qué habla de mí?-, gritó Marleidy Chavarro con voz fuerte y en tono molesto.

A pesar de tener tanta experiencia y una buena cantidad de clientes antiguos "fijos", los nuevos clientes en su mayoría desprecian a Antony, al ver que empieza a escribir con su única mano.

Antes de terminarse el tinto, Uriel se aburre de ser espectador en la conversación y toma protagonismo. Aunque tiene sólo 25 años de experiencia en el oficio, "El erudito" como prefiere ser llamado en vez de "Lagartija", tiene más atracción para los clientes. Los que más lo buscan son estudiantes de derecho porque, además de ser abogado, dice ser "el que más sabe".

Sus tres hijos también son profesionales, dos de ellos ingenieros mecánicos y uno abogado. No le molesta ser llamado 'tinterillo', pues afirma que el término hace referencia al "consejero del rey" y gracias a su trabajo pudo pagar el estudio de sus tres hijos, al igual que el resto de sus compañeros.

El tinto se termina siendo las 4:30 de la tarde, "El mocho" Antony saca un maletín gris en donde guarda su máquina, deja la mesa y la silla dentro del parqueadero y se sienta a esperar al joven que le recoge.

Al otro costado de la calle, justo al frente de América están Jesús y Asdrúbal Velasco. Asdrúbal, también conocido como "El gordo", es un 'tinterillo' que cuenta con una colección de 14 máquinas de escribir, pues además de coleccionarlas, las rota para poder soportar las horas de trabajo diarias y su respectivo mantenimiento.

Mientras Asdrúbal habla, observa que al otro lado de la acera, en el puesto de América, está una niña pequeña que mira de manera asombrada este artefacto que les da para vivir, y que de manera particular mientras América escribe, hace sonar su tintinar metálico. "El gordo" recuerda uno de sus días de trabajo inolvidables:

-Una máquina como las de nosotros cuesta más o menos unos cinco mil pesos, son tan baratas porque no se consiguen repuestos, y además casi nadie las usa-, asegura Asdrúbal mirando fijamente su máquina.

Velasco relata que un día, y por cosas que sólo el destino puede explicar, llegó a su mesa un señor con su esposa y su hijo y le dijo:

-Le compro la máquina.

-No, cómo se le ocurre...-, dijo Asdrúbal con tono incrédulo.

-Le doy 80 mil pesos-, insistió el señor.

-¿Por qué no simplemente compra una nueva? Le sale más barato-, dijo Asdrúbal un poco desconfiado.

-Mi hijo quiere esa máquina y yo se la quiero comprar. Además son muy difíciles de conseguir. Reciba los 80 mil-, insistió el hombre con tono convincente.

Asdrúbal no lo podía creer, así que no dudó en aceptar semejante oferta. Expresa que estaba dichoso de haber cerrado tremendo negocio y resalta que con la evolución de la tecnología, aumenta la curiosidad de los niños por conocer otras herramientas para escribir diferentes al computador, a las tabletas o teléfonos 'inteligentes'.

A pesar de ser un oficio que se ejerce en plena calle, este gremio no se quedó atrás y formó su propio sindicato. Diferentes administraciones municipales y departamentales les han ofrecido reubicarlos, pero ellos insisten en quedarse. Más que un oficio, ser 'tinterillo' se ha convertido en una forma de vida y un negocio de tradición, una labor que ha sacado familias enteras adelante y del que sus representantes se sienten muy orgullosos.

"Yo llevo 34 años aquí. Mis hijos me dicen que me quieren montar un negocio pero no, yo me quiero quedar aquí. Y gracias a Dios siempre he vivido bien", concluye Jesús, líder de los 'tinterillos'.

Un retoque final al adiós

Hola, soy Iván y soy tanatólogo



Iván Rincón y Alex Castellanos son de los pocos expertos que existen en la ciudad en la práctica de la tanatología. Foto suministrada por Carlos Jerez.

En la ciudad hay pocas personas expertas en preparar y maquillar los cuerpos sin vida para su respectivo funeral. Plataforma logró hablar con dos de ellos sobre este particular oficio.

Por:

Daniela Flórez | daniela.florez.2013@upb.edu.co

Katheryn Villar | katheryn.villar@upb.edu.co

Jarhat Franco | jarhat.franco.2013@upb.edu.co

¿Tana qué? Así es, tanatólogo o para que todos entiendan, maquillador de personas fallecidas. En la ciudad no hay más de seis y encontrarlas no es fácil. La búsqueda comienza tocando las puertas de varias funerarias de Bucaramanga, quienes son las que contratan los servicios de estos profesionales expertos en hacer incisiones exactas en los cuerpos de las personas fallecidas para prepararlas para el respectivo

velorio. También son quienes aplican el maquillaje para que sus seres queridos se lleven el mejor recuerdo antes de darles el último adiós.

-“Acá está el número de Iván Rincón, él es tanatólogo. Todo depende de que él les quiera hablar”-, dice el director de una funeraria de la ciudad.

A las cuatro de la tarde de un día normal en el Cementerio Jardines de La Colina en Bucaramanga, nos disponemos a cumplir la cita que por teléfono

coordinamos con Iván. La espera es de hora y media, pero es justificada. Recibe una llamada: debe preparar el cuerpo de un bebé. Como es habitual, los tanatólogos siempre están a la espera de lo impredecible, así, como es la muerte.

A las 5:30 de la tarde por una puerta aparece Iván. Un hombre muy silencioso, quizá porque gran parte del tiempo trabaja bajo esa condición. Lo acompaña Alex Castellanos, quien por el contrario es hablador y lo ayuda en esta conversación en la que tres periodistas tratan de comprender uno de los oficios más curiosos que existen.

Iván comienza a explicar cómo es la preparación del cuerpo desde que llega del Instituto Colombiano de Medicina Legal y Ciencias Forenses, más conocido como Medicina Legal: "...ahí es donde intervengo para dejarlo como si estuviera en un profundo y eterno sueño". Inicia el proceso de preparación del organismo con una incisión a la altura del cuello, concretamente en el lado de la arteria yugular en donde inyecta un químico derivado del formol pero mucho más suave, que no deja al cuerpo ni tieso ni rígido, acto seguido, drena toda la sangre que es la que se encarga, una vez sin vida, del proceso de descomposición de los órganos y la estructura corporal en general.

La tanatoestética y la tanatopraxia son técnicas que se derivan de la tanatología que es, según el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán, el estudio de la vida que incluye a la muerte, y tiene como objetivo proporcionar ayuda profesional y brindarle a los familiares de los fallecidos una última imagen de este, lo más natural posible. La tanatoestética se centra en técnicas de maquillaje para difuntos; mientras que la tanatopraxia muestra las diferentes formas de embalsamamiento y conservación de cuerpos.

Después, son necesarios ciertos cuidados estéticos como el afeitado o la aplicación de lacas de uñas, aunque esto depende de las decisiones de sus seres queridos que suelen responder a los gustos del fallecido. También se depilan las cejas y se hidrata el cuerpo con cremas especiales a base de formol. Tras esto, se procede a maquillar el difunto con diversos productos, algunos importados y otros traídos de Medellín.

Iván explica que nunca va a olvidar la primera vez que ejerció su oficio. Acicaló a una señora de 80 años que falleció en su casa, en el barrio Morrórico, pero la diligencia no fue nada fácil porque tuvo que bajar el cuerpo de la mujer, que era de contextura gruesa, por varias escaleras. Morrórico es precisamente un barrio de Bucaramanga que se caracteriza por sus calles empinadas. "Me

habían dicho que yo solo me iba a encargar de recoger los cuerpos, pero cuando llegué al laboratorio no solo tuve que maquillarla, sino también realizarle la autopsia, para entonces no tenía ni idea de cómo se hacía", dice, explicando que por su experiencia, ya no lleva la cuenta de cuántos muertos ha preparado.

Entre risas y orgullo Iván y Alex cuentan sus anécdotas y las valientes labores de su vida cotidiana, teniendo siempre presente la delicadeza, el respeto y la carga emocional que conlleva un duelo.

-Hay que tener mucha paciencia y agilidad en este oficio, los familiares quieren que su ser querido esté en la sala de velación lo más pronto posible, se impacientan cuando ha pasado una hora-, explica Iván Rincón, aclarando que como mínimo la preparación de un cuerpo tarda hora y media.

-Y eso cuando es muerte natural y no ha pasado por Medicina Legal-, agrega Castellanos a la explicación.

Los tanatólogos coinciden en que en varias ocasiones se tienen que enfrentar a retos en la preparación de cuerpos cuando estos pasan por Medicina Legal, es decir, cuando la muerte ha sido violenta. "...hay que ser muy cuidadosos dependiendo del tipo de muerte", afirma Rincón.

Ambos relatan con algo de decepción que aunque llevan seis años en este oficio carecen de un título profesional, pues aunque comenzaron a realizar el curso técnico de Tanatopraxia en el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), no pudieron finalizar porque su profesión es inesperada, y les exige estar disponibles en todo momento.

Ellos lamentan que en Santander aún no haya una universidad que ofrezca el título profesional; la oferta se limita sólo a la acreditación técnica y tecnológica. Cosa distinta sucede en Medellín, donde averiguaron que ofertan el programa de investigación criminal, ligado a la tanatopraxia y las ciencias forenses. "Aquí es muy complicado porque no le dan tanta importancia a la tanatología ni a las ciencias forenses, pero es un tema que requiere mucho estudio y atención", asegura Rincón.

Son las siete de la noche. La luna ilumina el cementerio. Como suele ser, el ambiente es silencioso, el viento sopla y no deja quietas las veletas que están sobre las tumbas. Iván y Alex terminan su trabajo y se despiden, afirmando que "a la muerte, como al mar, hay que respetarla". Ellos son tanatólogos, los últimos en darle un retoque al adiós.

El tren que nunca dijo adiós

Los ferrocarriles de Colombia eran los únicos capaces de transportar 400 pasajeros y más de 100 toneladas en carga, para un viaje que podía durar 24 horas. Muchas personas recuerdan aún el ruido de las campanas que avisaban que la aventura iba a comenzar.



Así lucía la locomotora emblemática de los Ferrocarriles de Colombia. Ésta transportaba pasajeros por la región del Magdalena Medio. Foto suministrada cortesía Vanguardia Liberal- Javier Gutiérrez.

Por:

Andrea Nathalia Cediel Domínguez | andrea.cediel.2014@upb.edu.co
 María Fernanda Sánchez Báez | maria.sanchez.2014@upb.edu.co
 Rafael Enrique Schmalbach Garcés | rafael.schmalbach.2014@upb.edu.co

En la mente de muchos santandereanos no existe la posibilidad de volver a vivir la experiencia de transportarse sobre rieles, pero sí es posible reconstruirla por medio de recuerdos de quienes trabajaron por casi dos décadas sobre una máquina que significaba para entonces una locomotora de progreso para el país.

Las tardes en las que cientos de habitantes se reunían con rostros de alegría, los niños gritaban y corrían a su alrededor, cuando sentían que la locomotora se acercaba a la estación; los pasajeros se bajaban a vender todas sus mercancías como si fuera una plaza, lo que se mostraba como un centro de atracción.

Así como los pasajeros hallaron su afecto por el ferrocarril, algunos maquinistas encontraron su amor en el tren. Esa es la historia de Abelino Ayala, un pensionado

de la Asociación de Ferrocarriles Nacionales, quien en uno de sus viajes conoció al amor de su vida.

En una noche de lluvia Ayala se dirigía a la estación de Antioquia. Llevaba pocos pasajeros. Miró hacia atrás y vio a una joven que estaba sola, de cabello largo y color negro, delgada y de estatura baja. Mientras ella tomaba una copa de aguardiente en la cantina del tren, Abel pensó en la posibilidad de acercársele una vez terminara su turno. Fue así como se le acercó y terminaron tomándose hasta dos litros del licor durante el recorrido. “Le pedí su número y como son las mujeres, me dio uno falso. No volví a saber de ella”, cuenta entre risas.

Lo que no se imaginó Abel es que dos meses después, cuando el tren tomaba rumbo hacia Barrancabermeja, se encontraría a la misma chica de la cantina: Martha Durán. Y de ese amor, nacieron dos hijos.

El libro *Café ferrocarriles en Colombia: los trenes santandereanos*, publicado en el año 2012, explica que aunque el ferrocarril beneficiaba a muchas personas fue la ‘maquinaria política’ de finales de la década de 1990 que hizo que este medio de transporte masivo dejara de funcionar. Sin embargo, el libro aclara que otro factor que influyó en esta decisión fue la crisis económica, reduciendo los fondos que el gobierno tenía destinados para su funcionamiento, sumado a la reducción de los salarios de los ‘pilotos’ ferroviarios y el despido masivo de sus funcionarios.

Argemiro Chávez, a quien sus amigos lo conocen como El negro, es otro conductor pensionado.

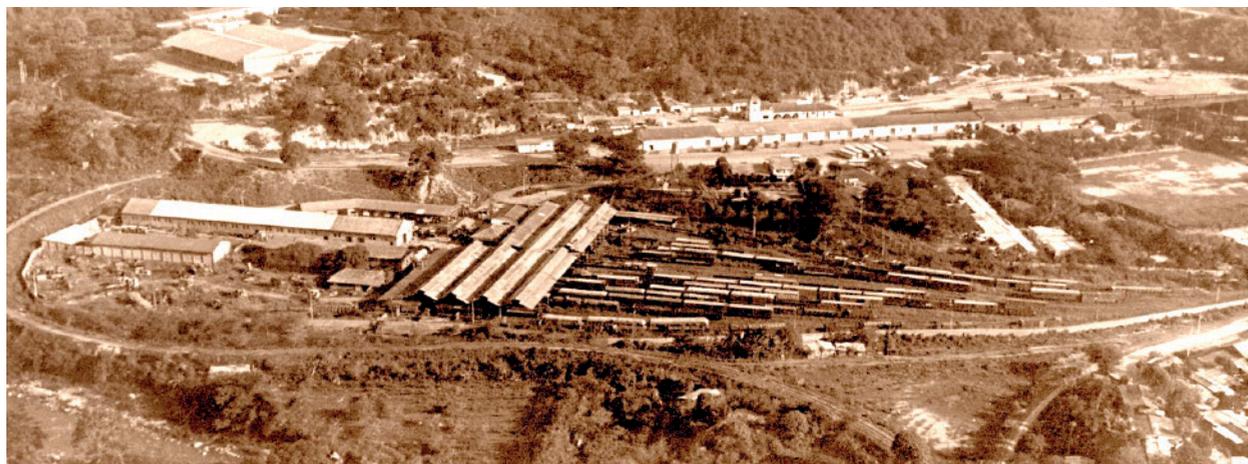
¿Será que algún día tendremos de nuevo el tren? Es la pregunta que hacen quienes vivieron al ritmo de una locomotora.

Recuerda que fácilmente un trayecto en tren era como estar de vacaciones. Adentro, cualquier pasajero podía encontrar comida, bebidas y baños, camas y hasta había fiestas. El solo tiquete costaba mil pesos de la época, para un trayecto que sumaba casi un día. Por ejemplo, el recorrido Barrancabermeja-Bucaramanga-Santa Marta que duraba 18 horas.

-Mire, acá en mi celular tengo unas fotos-, dice El negro y comienza un relato nutrido por los recuerdos. Uno de ellos, por ejemplo, es que las personas estaban siempre atentas a la llegada del tren. Este era apetecido por mujeres que trabajan en el servicio doméstico, quienes veían en la gran locomotora una distracción para invertir su día libre. Las familias paseaban con sus hijos en trayectos cortos que no duraban más de una hora pero “la sensación de solo subirse al tren ya generaba alegría”, dice.

La historia del tren tiene sus inicios a finales del siglo XVIII y principios del siguiente con la máquina de vapor que fue perfeccionada, entre tantos, por el inglés James Watt. Este invento significó no sólo un avance en el desarrollo económico de Europa y uno de los símbolos de la Revolución Industrial, sino que permitió reemplazar el uso de los carruajes.

Según varios documentos publicados en la web, el inglés Richard Trevithick inventó en 1804 la ►



Esta es la imagen panorámica de la estructura que componía el servicio de ferrocarril, en lo que ahora se conoce como el Café Madrid. Foto suministrada cortesía Vanguardia Liberal- Mario Hernández.

primera locomotora sobre rieles, lo que generó una buena comercialización de esta maquinaria hasta 20 años después cuando apareció el primer servicio de ferrocarril en Inglaterra.

Para los periodistas de la revista virtual *La otra opinión*, en 1845 después de establecida la primera línea comercial en Inglaterra, Colombia expidió las primeras autorizaciones para desarrollar un ferrocarril que uniera los océanos Atlántico y Pacífico, este sería el ferrocarril de Panamá, “la primera vía férrea colombiana”.

Diez años después, las líneas ferroviarias en el interior del país, fueron financiados por la nación, las empresas privadas, departamentos y asociaciones mixtas, comenzando en Barranquilla, Cúcuta, Medellín, El Pacífico, Santa Marta, La Dorada, La Sabana de Bogotá-Girardot.

Gustavo Santís reconoce que no todas las historias recorridas sobre rieles fueron felices; también hubo amargas. El 31 de mayo de 1991 iba tranquilo al mando de la locomotora que tan solo dos horas atrás había dejado la estación de Santa Marta con rumbo al puerto petrolero de Barrancabermeja, cuando de forma repentina dos hombres se subieron al tren.

-¿Quién es Gustavo Santís?-, preguntaron los hombres, a quienes Gustavo recuerda ocultaban su identidad con sombreros además de portar *jeans* sucios y unas botas pantaneras que generaban temor.

-¡Bájese que mi comandante lo está esperando!- le gritaron los sujetos.

- “Que sea lo que Dios quiera”- recuerda Santís que se dijo para sí mismo. Y no era para menos, los sujetos hacían parte del Frente 30 de las Farc, y si esta guerrilla atentaba contra su vida quedarían desprotegidos su esposa y sus hijos. Eran plenos años 90, cuando las Farc seguían expandiéndose por todo el territorio nacional, cometiendo extorsiones y secuestros.

El tren llevaba no solo personas ese día, también a su cargo transportaba dos coches de 40 toneladas de comida que eran insumos para el Ejército Nacional de Colombia.

Cuando llegaron al lugar donde se encontraba el comandante, lo primero que Gustavo notó es que este portaba una boina muy linda; que muchas veces

le dieron ganas de pedírsela, pero él se contestaba mentalmente: “si se la pido, este tipo me ‘pela’ aquí”. Gustavo recuerda que el jefe guerrillero no hacía sino llamarlo por su nombre, cosa que lo preocupaba porque esto podría ser malinterpretado por los pasajeros a bordo, quizá tildándolo de infiltrado.

Tuvieron que pasar cuatro horas hasta que la guerrilla les dio vía libre para poder salir de ese lugar. Cuando Santís comenzó a revisar el tren, se dio cuenta que se habían llevado todos los insumos que tenía que llevar al Ejército, pero lo más importante fue que no habían dejado víctimas humanas. “Todo los días le doy gracias a Dios por no dejar que me pasara nada ese día y poder volver con mi familia”, expresa Gustavo.

En 1954 fueron creados los Ferrocarriles Nacionales de Colombia (FNC) por el gobierno del presidente Gustavo Rojas Pinilla con el fin de unificar el sistema de transporte ferroviario que hasta la fecha, estaba compuesto de varias empresas locales administradas por las regiones con el fin de operar y mantener su infraestructura y equipos para prestar un servicio eficiente.

Los FNC estaban integrados por cuatro divisiones administrativas centrales: Magdalena, Antioquia Santander y El Pacífico, a su vez, formadas por la unión de ferrocarriles departamentales y ferrocarriles privados recientemente nacionalizados. Para el año de 1991 ferrocarriles nacionales contaba con un total de 2 mil 690 kilómetros de vías férreas. Santís recuerda las travesuras en los vagones llenos de mercancía que transportaban a diario. La estación de Barrancabermeja era la más hermosa porque estaba conformada por ocho carriles, haciéndola una de las más grandes. Al mando de una locomotora transcurría la vida de Gustavo, eran momentos de gran felicidad para él cada vez que comenzaba una nueva aventura. Ahora sigue al comando, pero no precisamente de una máquina sino de un conjunto residencial llamado Santa Isabel. Es en ese lugar donde recuerda cada anécdota de su vida.

Para Argemiro Chávez ha sido muy complicado volver a estar al lado de su familia, debido a que no era frecuente verla a diario por los largos viajes que hacía en el tren. “Fueron momentos de sensaciones muy extrañas al tener que acostumbrarse a convivir con la familia”. A los maquinistas les es imposible olvidar más de cuarenta años de historia, que marcaron sus vidas. Chávez y Santís se sienten muy orgullosos de hacer parte de la historia de los Ferrocarriles de Colombia.

Ascensoristas, ¿tradición o necesidad?



Milcíades Herrera ejerciendo su labor de ascensorista en el edificio Centro Colseguros de Bucaramanga.

Foto: Laura Estupiñán.

Este es un antiguo oficio que no ha dejado de existir. Alguna vez fue una popular y necesaria profesión, que terminó siendo casi borrada por el 'botón automático'. Son pocos y particulares quienes aún eligen el sube y baja para 'ganarse la vida'.

Por:

Andrea Paola Henao | andrea.henao.2014@upb.edu.co

Angie Carolina Forero | angie.forero.2014@upb.edu.co

Laura Melissa Estupiñán | laura.estupinan.2014@upb.edu.co

- ¿A usted le gusta este oficio?

- *Pues sí, a pesar de que a veces las personas no han tenido un buen día y se desquitan con uno, se aprende a manejar la situación. Ya se vive con eso-*

Así responde Milcíades Herrera, un hombre soltero de 30 años que desde hace 18 meses trabaja como ascensorista en el edificio Colseguros, en el centro de Bucaramanga, por la calle 36. El ascensor en el que pasa la mayor parte de su tiempo no se puede pedir, no hay botones para llamarlo en ningún piso, solo funciona por dentro. Por ello, es necesario que haya quién lo opere, para evitar inconvenientes. ►

El aparato tiene un aspecto poco acogedor, viejo, de un tono grisáceo y algunos de sus acabados están oxidados. Es muy angosto, mide 2.20 metros de altura, pero de ancho sólo tiene 1 metro. Este ascensor tiene algo en particular, su ventilación es la propia 'colombianada': un *Patton* versión mini está incrustado en el techo generando más ruido que utilidad.

El ascensorista debe parar en cada piso y llevar el cálculo de ellos, ya que no hay visualización de estos dentro del ascensor. Por esto, su labor es indispensable, pero agotadora. Estar todo el día metido allí, es sofocante.

- ¿Usted no se cansa de estar todo el tiempo dentro de un ascensor?-, preguntamos.

- Claro, a veces por la rutina uno se cansa de cierta manera; no físicamente, sino mentalmente-.

Para Milcíades, estar dentro del ascensor se ha vuelto parte de su rutina, alrededor de mil personas entran y salen de este a diario, pero no todos saludan. Recuerda que muy pocas personalidades se han subido al elevador que él opera. Uno de ellos fue el senador Juan Manuel Galán, hijo del inmolado Luis Carlos Galán, candidato presidencial para las elecciones de 1982.

"Acá vino el hijo de Galán, uno que es senador, él llegó porque trataron de montar sede política en el edificio. Estaba acompañado de policías y escoltas. Cuando se montó al ascensor, no saludó porque estaba con la comitiva y todo eso, pero apenas se bajó me dijo: - Buenas noches", recuerda el ascensorista.

Este nativo de Lebrija prefiere no montarse en un ascensor cuando no está en horario laboral: "A veces los uso, a veces no, a uno no le quedan ganas de montarse". Sin embargo, cuando lo hace, inconscientemente toma el mando. Esto no quiere decir que no le guste lo que hace, está adaptado a su trabajo y le agrada porque la mayoría de personas que se montan, son muy amables.

El horario en el que se desenvuelve este "ascensorista estrella" es de lunes a viernes de 8:30 de la mañana a 12:30 del mediodía y de 2:30 a 7 de la tarde; los sábados de 8:30 de la mañana a 1 de la tarde. Vive en Floridablanca en una casa en El Reposo, un barrio cerca al Cacique, yendo hacia el sur.

En casos en que el ascensor deje de funcionar, existe un timbre que alerta a los celadores. Estos en seguida corren a auxiliar a quienes estén adentro. El día del

temblor del 10 de marzo que alertó a toda la comunidad santandereana, Milcíades estaba en su lugar de trabajo, pero no corrió mayor riesgo:

-Iba para el piso 12 con dos pasajeros más, alcanzamos a llegar al piso, tan pronto se abrió la puerta, empezó a temblar-, relata.

- ¿Se sintió mucho?

- Claro, aunque como quedó en el piso 12, las puertas quedaron abiertas y ahí nos bajamos. Pero sí se sacudió bastante. El vigilante salió corriendo hasta la 36 (risas).

El lugar en el que trabaja Milcíades es particular. Entre tantos edificios del centro de Bucaramanga, este es de los más llamativos de color beige, antiguo, y con numerosas ventanas. Tiene 14 pisos distribuidos entre oficinas públicas, de abogados y locales de todo tipo. Al ingresar, su antigüedad se hace cada vez más notoria, sus paredes están agrietadas y la pintura un poco acabada, pero el elevador bate el récord en reliquias. En el tercer y cuarto piso se encuentra el Instituto de Vivienda de Interés Social y Reforma Urbana del municipio de Bucaramanga (Invisbu), del quinto piso para arriba, hay siete oficinas en cada uno, lo cual da un total de 98. Por fuera, hay locales de vestidos de novia, peluquerías, cacharrerías, cafetería, de todo un poco.

A un señor que se dirigía al octavo piso no puede con la curiosidad y se detiene un rato para contar que recién construido el edificio funcionaba una emisora que se llamaba Radio Bucaramanga. "Imagínese yo tengo 58 años, cuando pasaba por aquí era 1970 y el edificio ya estaba construido".

Al ascensor le hacen mantenimiento cada mes. El día que se lo hacen, Milcíades dura más de una hora sin algo que hacer, así que se dedica a colaborar a los de seguridad con su labor. Así mismo, cuando él debe ir al baño o contestar una llamada, cualquier cosa que requiera salir del ascensor, ellos le ayudan con el mando del transporte. Mantienen una buena relación y un gran ambiente de trabajo.

De la necesidad a la tradición

Subiendo unas cuadras y cruzando a la izquierda, exactamente en la carrera 16, queda Rafael J. Turbay e Hijos S.A. Este es un edificio color verde que aparentemente se ve acabado y viejo, pero por dentro es otra cosa. Desde sus inicios en la década del 60

contó con ascensorista y desde entonces mantiene la tradición. Sus pisos son relucientes y cuenta con dos ascensores perfectamente cuidados.

En el piso 10 está Gustavo Turbay, tercera generación del creador de la sociedad, Rafael Turbay. En su oficina hay un mueble grande en el que conserva una gran biblioteca. En ésta, guarda una colección de autores colombianos en la que se destaca el libro de Mario Mendoza, Satanás.

-¿Le gusta leer?

- *Me encanta. “La lectura es ver con otros ojos las cosas, entonces cada uno ve distinto”.*

- O sea que... ¿usted se ha vuelto muy culto por la lectura?

- *Por todo. Cuando tenía veinte años di la vuelta al mundo. Eso fue la gloria.*

- ¿A qué países fue?

- *Venezuela, Brasil, Argentina, Chile, Ecuador, Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda. Fueron ocho meses fascinantes.*

Esta vuelta la dio siendo cadete de la Escuela Naval. Actualmente es Oficial graduado de la Armada del año 72. En ese mismo mueble están exhibidas la espada de la Armada y la daga. También estudió administración de empresas y fue pionero de la carrera de Bellas Artes en la Universidad Industrial de Santander, UIS, pero no la terminó, sólo hizo seis semestres.

Hoy, con 68 años, administra el Rafael J. Turbay e Hijos S.A. Con una tenue sonrisa dibujada en su rostro, relata un poco de la historia de la edificación:

-*Fue el primer edificio de diez pisos construido en Bucaramanga. El más alto en esa época. Inicialmente era un almacén, también construido por mi abuelo, importaba varias cosas de Europa, por ejemplo, vidrios. Él tenía una granja donde ahora queda el barrio Mutis y la alcaldía se la expropió, entonces con lo que le pagaron, construyó este edificio. Desde un principio fueron locales comerciales y oficinas.*

Se fundó hace cincuenta años, en 1965. Es una sociedad de familia. Hoy, son cinco hermanos,

Gustavo es hijo de Eugenia Turbay. La mayoría de oficinas son de contadores y abogados. En total son cincuenta, distribuidas en los 10 pisos; en el primero hay locales comerciales.

-*Desde un principio se necesitó una persona responsable que manejara el ascensor. Los nuestros están buenos porque tienen ascensoristas, sino estarían vueltos nada. Igualmente, se les hace mantenimiento permanente, eso es lo más costoso-, añade.*

Javier Abaunza está en el ascensor a la espera que alguien solicite movilizarse hacia algún piso del edificio. Mientras oprime los botones, recuerda que el susto más memorable de los años que lleva ejerciendo este oficio, fue el día que se quedó en medio de la nada.

- ¿Alguna anécdota que lo haya marcado?

- *Sí, una vez hubo un daño en el cuarto de máquinas, la cabina se fue sola hacia abajo y quedé en un muro que está en el vacío, en medio de las dos cabinas. Esa es una de las que uno dice: estoy vivo de milagro. El peligro era que el otro ascensor bajara y me golpeará. No tenía de dónde tenerme. Aunque no me asusté-, relata.*

Este ascensorista de 53 años, proveniente de Chima, un pueblo situado al sur de Santander, cuenta que las veces que se ha quedado dentro de la máquina, no ha sentido pánico. Se considera un hombre que no le teme a las alturas; por ende, en los momentos que se presentan incidentes dentro del ascensor, él mantiene la calma y controla la situación.

-¿Le ha pasado algún accidente teniendo personas aquí dentro?

-*Sí, una vez el ascensor se paró y me tocó pasar a las personas por medio del muro que está en el vacío. A muchos les dio miedo, pero en ese caso debo transmitirles calma y decirles “Imagínense que están en el primer piso”.*

El edificio tiene tres turnos para los ascensoristas: 6 de la mañana a 2 de la tarde de corrido, de 2 de la tarde a 9 de la noche, y el horario de oficina tradicional. Ya sea pulsando botones, informando sobre la ubicación de las oficinas o abriendo y cerrando las puertas, los ascensoristas perviven en algunos bloques siempre con un ‘¿a qué piso?’, a despensas del eterno vaivén de sus pasajeros y del colosal progreso.

Los héroes de naranja

En la ciudad hay personas que realizan un trabajo voluntario para salvar vidas, rescatar y limpiar sin los afanes de lograr fama o reconocimiento. Ellos son los integrantes de la Defensa Civil.



La Defensa Civil realiza actividades especializadas en acción social, acción ambiental, atención de emergencias y salvamento en sus diferentes modalidades. Foto: Karen Sánchez.

Por:

Laura Peña | laura.pena.2014@upb.edu.co

Laura Pinilla | laura.pinilla.2014@upb.edu.co

Karen Sánchez | karen.sanchez.2014@upb.edu.co

A las dos de la tarde de un sábado, nueve voluntarios de la Defensa Civil se alistan para comenzar con su labor. Mientras empaican ganchos oxidados, cuerdas sucias, un par de guantes viejos y tres cascos, Luis Bernal, jefe de operaciones asignado y el más antiguo en esta institución, los llama a formar, revisa que no tengan objetos que puedan atrofiar la operación como pulseras u otro tipo de accesorios e inmediatamente toma lista.

-¿Quién se quiere ir en la ambulancia?-, dice Luis, en tono sarcástico mientras se ríe.

Parece que nadie quiere subirse en ésta, todos comienzan a reír y dicen que se quieren ir en el carro de rescate Toyota.

-Nelly, Jairo y Érika se van en la Toyota y a ustedes les tocó conmigo en la ambulancia-, ordena Luis.

Listos con chaquetas y la dotación de un solo uniforme, por el que el Estado les cobra a 130 mil pesos por cada uno, nos embarcamos en el carro de rescate a cumplir la misión del día.

Sobre la carrera 15, en pleno centro de Bucaramanga y muy cerca de la estación La Isla de Metrolínea, funciona una de las sedes de este organismo de socorro que fue bautizada como Defensa Civil Colombiana Junta Ciudad Bonita. Este es el nombre que reluce sobre una vieja casa pintada de color naranja fosforescente con blanco. Esta se compone de dos plantas, un patio que fue adecuado como parqueadero, tres habitaciones con camarotes, una sala de estar, una habitación de insumos y una cabina de mando.



Los voluntarios deben portar completo el uniforme bajo cualquier circunstancia, el vehículo de rescate Toyota que utilizan para laborar no cuenta con sistemas de ventilación internos. **Foto: Karen Sánchez.**

Los que integran este organismo son personas que se vinculan libremente y no reciben ningún tipo de pago por ello, todo lo hacen por amor a la vida y según ellos, espíritu de aventura.

Una de las actividades que realizan como voluntarios de la Defensa Civil es proteger el medio ambiente, y en este día están listos para recoger la basura que conductores y pasajeros inconscientes arrojan a las vías nacionales, como es el caso del mirador de La Nevera ubicado en el kilómetro 37 vía Cúcuta. “El camino es largo y desde aquí son dos horas en carro”, explica Luis.

Luis va manejando. Adentro van cuatro rescatistas, entre ellos Julián Jácome, quien se pide siempre el puesto de atrás para no marearse. Durante el recorrido todos hablan y hacen bromas sobre la sensación de mareo que produce el movimiento del vehículo en la parte posterior de la ambulancia.

Por ser el más veterano del equipo, Luis Bernal es el que da las órdenes. Lleva nueve años en la Defensa Civil, un oficio que alterna con su trabajo como taxista. Sus 59 años no le han agotado el vigor, ni su fuerza para vivir situaciones de adrenalina. Es un hombre delgado y de baja estatura, sus manos ásperas como lima demuestran el esfuerzo que ha hecho, y aunque dice haber visto cosas que le rompen el corazón, su ánimo y felicidad no se alteran.

“Uno de los recuerdos que más me ha impactado fue un accidente de una señora en Morrórico (Bucaramanga), estaba embarazada, pasó por medio de dos camiones en una moto, no se sabe qué pasó pero uno retrocedió, se golpeó la cabeza y murió. La llevamos al hospital para hacerle una cesárea a ver si el bebé se salvaba pero ya era muy tarde”, recuerda Luis en tono melancólico.

Al llegar al mirador del kilómetro 37 vía Cúcuta conocido como La Nevera, nombre que hace alusión a su clima, se entiende por qué es tan concurrido. El paisaje es excepcional.

El lugar tiene un contraste. De un lado están las montañas que se juntan con las nubes, la niebla parece cubrir los árboles y la puesta de sol a las 4:15 de la tarde hace su entrada en el escenario; pero al bajar la mirada y ver la colina quedan al descubierto los residuos que botan las personas que llegan a observar: vasos, bolsas, botellas, comida y cartón ‘adornan’ el pasto.

Los voluntarios empiezan a bajar las herramientas, su misión es limpiar de nuevo el mirador. “Tan solo hace tres meses vinimos a limpiar aquí, pero la gente viene, ve el paisaje y bota los vasos en donde toman tinto y las otras cosas, como si nada”, explica Luis. Antes de bajar les recuerda cómo se hacen nudos, la diferencia entre el nudo de anclaje que es para descensos y el de cinta, que es para tensión.

-Érika, prepárese porque va a bajar conmigo y con la niña a recoger los residuos-, señala Luis.

Julián amarra una cuerda al chasis del carro de rescate y se enrolla otra en la cintura llamada “la cuerda de vida”. Ha sido escogido para hacer la fuerza por ser el más joven, con tan solo 24 años se ha posicionado como el jefe de capacitaciones operativas. Aunque estudió Técnicas Forenses, desde hace siete años se dedica tiempo completo a ser voluntario de este organismo de socorro: “cuando me vinculé era menor de edad pero me vieron tantas ganas que me dejaron formarme como rescatista”, cuenta.

Érika se alista, se pone el arnés, los ganchos, el casco, los guantes y se amarra a la cuerda de presión o de vida que tienen Julián. Una periodista es escogida para bajar con ellos. Julián hala la cuerda con fuerza y retiene mientras recogen los residuos; Luis decide bajar sin protección y como quien se desenvuelve bien en su oficio comienza a acumular todo en bolsas negras.

Al caer la noche, a las seis de la tarde, los rescatistas ya están un poco cansados. Se van a las casetas a tomar Coca-Cola y a comer salchichón y pan para recargar energías.

Ya con la misión completa suben a los carros todas las herramientas y se embarcan de regreso a ►

la sede, en la ambulancia Julián canta una canción de Vico-c y recuerda a su esposa, la cual conoció en la Defensa Civil, y a sus dos hijos.

Jairo prefería hablar de su experiencia, “para entrar a la institución necesitaba aprobar la capacitación inicial. En ese tiempo trabajaba como mecánico y mi jefe no me dio permiso para asistir, así que me fui sin autorización, lo que causó mi despido; pero no me arrepiento de estar aquí, ha sido lo mejor”, recordaba y en sus ojos se veía un brillo particular.

De camino a la sede, la ambulancia se adelanta y deja atrás al carro de rescate que se queda atrapado en un trancón en la calle 36.

-Péguese al carro de bomberos para salvarnos del trancón-, dice Érika animada.

Al pasar encuentran un herido en la vía, un hombre que se había caído al parecer, al momento de instalar una publicidad en la sede de un reconocido banco.

-Hay un herido ahí, corran, muévanse, bájense ya-, ordena Érika con más experticia ya que su trabajo oficial es ser paramédica; aunque en este momento no esté laborando.

Se bajaron rápidamente, le tomaron los signos vitales, todos corrieron y se movían con el fin de salvar la vida del paciente. Con mucho cuidado lo subieron en el carro entre las dos socorristas. Al sacar los utensilios puede verse el estado en el que trabajaban,



En la capacitación inicial se refuerzan en los voluntarios los temas de Reanimación Cardiopulmonar (RCP) y primeros auxilios necesarios para desempeñar sus labores en la sociedad. Foto: Laura Pinilla.

las herramientas están desgastadas, casi obsoletas, debido a que el gobierno hace mucho tiempo no los dota con nuevos equipos; pero como pudieron lograron estabilizarlo.

Una vez adentro se prendió la sirena y en cinco segundos los automóviles abrían paso al carro Toyota que se movilizaba a gran velocidad con rumbo a la Clínica Chicamocha. Esperan media hora entre llenar formatos, recibir el diagnóstico del paciente y los equipos para retornar su camino a la sede.

Mientras tanto, en la sede llega a las 8:20 de la noche la ambulancia con los cuatro integrantes agotados por la actividad. Se quitan el traje y bajan la dotación, Luis Bernal le entrega las llaves y le cede el puesto como jefe a Raúl, quien se dispone a hacer el turno de la noche.

-Dónde está el carro de rescate, no viene detrás de nosotros-, dice Julián.

-Se quedó atendiendo una emergencia-, responde Raúl que escuchaba el transmisor por donde habían informado el accidente.

A las 9:00 de la noche llega el carro de rescate, se bajan los cinco integrantes y empiezan a hacer inventario, limpian la sangre y se preparan para dejar el turno, ha pasado la adrenalina de la emergencia y se van con la satisfacción de haber salvado una vida.

Se empezaron a escuchar risas en el segundo piso. Eran los cuatros hombres que iban a quedar de turno en una pequeña sala que tiene en el medio una mesa de billar, en donde juegan pool, una de las actividades que realizan frecuentemente para distraerse cuando no hay emergencias.

Cuando Raúl frota el taco de billar con tiza, explica cómo poner las manos para jugar: “los dedos deben ir pegados y debes hacer como una especie de “puente” con ellos para que le pegue a la bola blanca en la dirección que es”, indica Raúl con una mirada fija en la mesa.

Todo parecía calmado, Raúl y sus compañeros estaban sentados viendo el celular y Julián jugaba en el computador, solo se escuchaba el ruido de un día sábado en la noche, risas, música y carros.

-¡Cinco- uno, cinco uno se ha presentado un accidente en la carrera 15 con 34, se chocaron un Metrolínea y un taxi!-, decía una voz que salía del transmisor.

La expresión de los cuatro hombres de turno cambia radicalmente, se ponen las chaquetas, aligeran la salida del carro de rescate, y luego de encender el penetrante ruido de 'la sirena' emprenden su camino.

Por la diagonal 15, un sábado en la noche es muy común ver habitantes de la calle, gente en estado de embriaguez en establecimientos, uno que otro transeúnte y algunos policías del sector. Raúl, quien va tras el volante, comenta que el sueño de todo hombre es manejar una ambulancia, pero que esta labor trasciende más allá de ir en un vehículo que roba miradas a toda costa. "Es estar en actitud de servicio a la comunidad, y preparado para lo que venga".

El incesante sonido de alerta parecía desaparecer cuando llegaron al lugar de los hechos. Un conglomerado de aproximadamente 40 personas rodeaban la escena del accidente: un choque entre un taxi y un vehículo de transporte masivo, Metrolínea, ya sin ocupantes.

En el puesto trasero del taxi había una persona herida. Tres rescatistas entran al carro con los guantes de látex previamente puestos, Juan Carlos hace la valoración y acto seguido ajusta un cuello ortopédico a la paciente, una joven de unos 19 años. Entre los compañeros la suben a la camilla y luego al carro de ambulancia.

En cuestión de segundos se incorpora a la ambulancia otra mujer joven que dice estar embarazada y en aparente desfavorable estado de salud. Se cierra la ambulancia y comienza el recorrido hacia un establecimiento de asistencia médica. En la cabina, Raúl manejando, Juan Carlos de copiloto y una periodista de acompañante. En la parte de atrás estaba José Julián y su colega quienes vigilaban a las mujeres en el viaje que no tardó más de 15 minutos.

-¡Esa mujer no estaba en el accidente dentro del taxi!, ¿dónde están sus documentos? ¿por qué la subieron a la ambulancia?-, dice enfurecida la doctora que recibe la ambulancia refiriéndose a la última joven que entró.

En el afán de llevar a salvo la joven herida a la clínica, los jefes de la misión de rescate no se percataron que habían subido a la ambulancia a una mujer ajena al accidente, y eso es técnicamente un error y más aún cuando no se tienen los papeles de su seguro social.

La tensión aumentó entre los voluntarios después del regaño, se habían metido en problemas serios únicamente por la necesidad de ayudar.



Los voluntarios tienen pasatiempos comunes reflejados en su pasión por socorrer y las pequeñas zonas recreativas que les dan calma después de momentos de tensión. Foto: Laura Pinilla.

-Cuélgense del de arriba, compañeros-, expresa José Julián bastante angustiado mientras se devolvían hacia el lugar del accidente a buscar si alguien conocía a esta mujer 'sorpresa'.

Cuando llegan se comunican con una vecina del sector, quien informa que aquella joven es una habitante de calle y que posiblemente está embarazada. Luego da su documento de identidad y se devuelven en el vehículo a toda velocidad.

La EPS arregla la situación y los voluntarios vuelven a la sede a las 11:40 con una sonrisa espontánea y la satisfacción de la labor cumplida. La noche parece estar tranquila de nuevo, las tensiones entre ellos bajan y todo se pone en calma mientras esperan con paciencia un nuevo llamado de emergencia.

Las 24 horas del día esperan alerta este grupo de hombres y mujeres, que voluntariamente decidieron pertenecer a la Defensa Civil y que como su nombre lo indica, harán todo lo posible para proteger a la comunidad. Ellos son la muestra fiel y real de que se puede escoger ser héroe, pero sin rostro, sueldo, medallas ni mucho menos menciones de honor, como ellos lo dicen: "no importa si no se es reconocido; lo que importa es estar siempre en servicio y cumplir con la misión."

Luis Enrique y la pasión por el video arte



Más de 3 mil películas reposan en el archivo filmico de Video Arte Chaplin, muchas de ellas son películas artísticas coleccionadas de la época de oro. Foto: David Gómez.

El quizá cinéfilo más importante de la ciudad se resiste a cerrar Video Arte Chaplin por culpa del incremento en la industria de la 'piratería' y el auge del uso de Internet, este es el único lugar que conserva una memoria filmica invaluable. Ante tal situación, Luis Enrique subsiste con lo poco que vende en el negocio, la venta de arepas junto con su esposa y el apoyo económico de sus hijos.

Por:

Miguel Alguero | miguel.alguero.2014@upb.edu.co

David Gómez | david.gomez@upb.edu.co

José Pinilla | edwing.pinilla.2014@upb.edu.co

en sus ocupaciones, pero al tratarlo saca a relucir su lado jocoso. Al preguntarle cómo llegó a Bucaramanga respondió en medio de carcajadas: “en tren”.

Desde que tiene uso de razón o como él mismo lo dice desde “muchacho”, Luis Enrique Hurtado ha gastado sus fuerzas y años de vida en la afición crítica del cine. Quienes lo conocen dicen que a primera vista parece una persona de carácter formal y concentrado

Su pasión por el cine comenzó en el municipio de Puerto Wilches, Santander, en los años 50 cuando tenía cuatro años. Para ver las películas a blanco y negro de 8 milímetros pagaba la entrada con cuatro botones porque no tenía dinero. En su memoria todavía lúcida de la que

se han borrado algunos recuerdos reposa la anécdota de los botones: “Era una tienda donde vendían de todo, veíamos las películas de Charles Chaplin en una piecita y para dejarnos entrar nos cobraban con botones. El asunto de los botones era que las mamás iban al día siguiente a comprarlos para coserlos en los pantalones y camisas que habíamos dejado sin botón, en muchos casos amarrábamos los pantalones con pita o cabuya”.

Vive en Bucaramanga desde diciembre de 1955 cuando su padre empezó a trabajar en una orfebrería. Estudió Ingeniería de Sistemas en la Universidad Industrial de Santander (UIS), incluso trabajó en una joyería, pero su gusto por el cine no lo olvidó.

Luis Enrique tiene 70 años, considerado como uno de los pioneros del cine en Santander junto a Andrés Plata Rueda y Gabriel Latorre, en las décadas de los 50 y 60 registró escenas cotidianas en cintas de 8 y 16 milímetros que hoy forman parte del patrimonio filmico nacional.

Los años 70 fueron para él la edad de oro, porque trabajó en el Cine Club El Hormiguero, liderado por Germán Cáceres, mientras estudiaba su carrera universitaria. Junto a los demás miembros del club proyectaron la primera película en la Cámara de Comercio de Bucaramanga, de igual forma todos los miércoles a las 9 de la noche en el antiguo Teatro Analucía de la calle 34 con carrera 27.

Su pensamiento sobre los cineclubes es muy conservador, considerando que en la actualidad estos espacios culturales hacen falta en Bucaramanga, porque el cineclub instruía y educaba a las personas sobre las temáticas que eran proyectadas. Hurtado guarda en su archivo personal algunos materiales de aquellas proyecciones y programas emitidos en esa época. Lamentablemente este cineclub desapareció en 1986.

A lo Chaplin

El gusto por Charles Chaplin, quien en los años 20 fue uno de los hombres más reconocidos de la cinematografía mundial, lo cultivó desde niño y fue el nombre que le dio a su negocio de alquiler de películas. “Charles Chaplin fue un genio, las películas fueron hechas con inteligencia y sabiduría, fue el primer tipo de cine que vi”, dijo Luis Enrique mientras señalaba la colección de películas de Chaplin.

El cinéfilo explicó que junto con su amigo el publicista Henry Toscano montaron un negocio de alquiler de películas llamado Video Arte Lumière, pero fue hace

28 años que decidió continuar con este rebautizándolo Video Arte Chaplin, en la carrera 33 con calle 34 frente al desayunadero El Tony. En su origen comenzó con 230 películas originales en formato beta y que en la actualidad ya suma 3 mil en todos los formatos, organizadas de acuerdo con los géneros del séptimo arte, asignándoles números para su identificación.

Entre la colección están películas de literatura, históricas, educativas, filosóficas y de estilo clásico. “En el cine antiguo, que es el tipo de cine que yo tengo, había metodología, premonición, es decir, era un cine especializado que educaba a las personas. No es como el cine actual, un cine lleno de ciencia ficción que poco enseña”, indicó Luis Enrique sentado frente al escritorio de su negocio y con música clásica de fondo.

La película que más se vendió y alquiló en Video Arte Chaplin fue Titanic (1997) del director James Cameron, que a su juicio es una obra maestra, una cinta bien hecha y elaborada desde el guion hasta la elección de los actores. En ese entonces el alquiler costaba 7 mil pesos; hoy cuesta 24 mil pesos.

Por el avance tecnológico y la industria de la ‘piratería’ el negocio de alquiler de películas está decreciendo, “sostener este negocio es un milagro, lo que ha ayudado a que esto se mantenga es el mensaje de voz a voz. Las personas ya no alquilan si no que compran las películas, porque en la vida todo es un ciclo, todo pasa”, comentó Hurtado mientras mira detenidamente todas las películas como despidiéndose de ellas.

En caso de cerrar Video Arte Chaplin, Luis Enrique tiene pensado donar toda la colección de cine a la Biblioteca Municipal Gabriel Turbay, en la carrera 27 frente al Parque de los Niños.

A lo clásico

El cine clásico ha impregnado su estilo de vida. Al preguntarle sobre su música favorita no duda en responder qué es la música clásica, enumerando uno por uno los autores de grandes sinfonías como Mozart, Beethoven, Tchaikovsky y Vivaldi. Estas piezas musicales las guarda en la colección que tiene en la sala de su casa junto con música de ópera, jazz, bossa nova e instrumental.

También tiene entre su colección cámaras fotográficas y cámaras de filmación antiguas, entre ellas está la Hasselblad, cámara que en su época era una de las mejores y la conserva como una reliquia. ►

Sus películas favoritas son Cinema Paradiso, de Giuseppe Tornatore; Ciudadano Kane, de Orson Welles; El Acorazado de Potemkin, de Serguéi Eisenstein, y Casablanca, de Michael Curtiz, todas de corte clásico, del cine que deja una buena enseñanza. Luis Enrique recomienda ver El doctor Zhivago, Lo que el viento se llevó y por supuesto, las películas de Chaplin, que nunca pasan de moda. Con respecto al cine colombiano recomienda ver Cándidos no entierran todos los días y La estrategia del caracol.

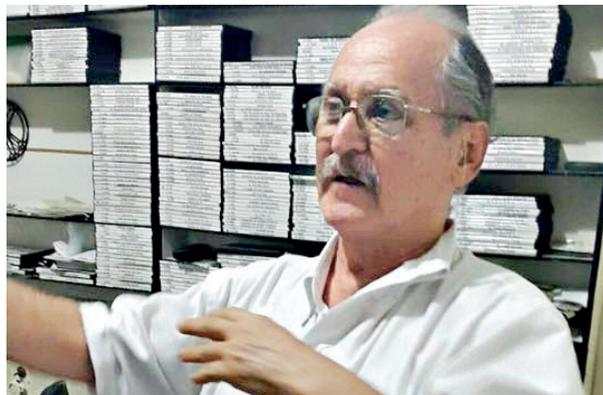
Entre los directores de cine destaca a David Lean, sus películas como Lawrence de Arabia, El Doctor Zhivago, El puente sobre el río Kwai y La hija de Ryan. “Estas películas según personas conocedoras de cine conforman el buen séptimo arte, un ejemplo es La hija de Ryan en la que se destaca la escena de amor más artísticamente filmada”, dijo Hurtado entretanto atendía a un cliente que buscaba la cinta Cruzando la frontera.

Su forma de vestir es el reflejo de su pensamiento clásico ante la modernidad, cree que la televisión es un medio que aliena a la gente, por eso no la ve. Luis Enrique es una persona que lee varios artículos periodísticos en su cotidianidad, de los cuales resalta publicaciones de El Espectador, Las2Orillas, Kaos en la red y la revista El Malpensante. Igualmente, considera que leer libros de literatura ayuda a entender el buen cine, el cual lo compara con una universidad porque éste deja enseñanzas para la vida.

A lo humano

Por complicaciones de salud dejó de comer la yuca, el plátano y el arroz, sus alimentos favoritos, típicos de las personas oriundas del Magdalena Medio. Ahora por prescripciones médicas come solo frutas y vegetales, sumándole a esto rutinas de ejercicios físicos los fines de semana. Sin embargo, antes solía caminar junto con un grupo de caminantes que se llamaban así mismos ‘Rastros’, pero con el tiempo pasaron a llamarse ‘Caminantes’, “ahora por salud salgo a caminar con mi esposa Marta Esperanza y algunos amigos a las montañas cercanas de Bucaramanga”, comentó Luis Enrique tocándose su bigote.

Es el bigote, su distintivo físico, que le hace recordar a su padre quien también lo tenía. Luis Enrique tiene el bigote desde los 17 años, “hace como tres años me dejé la barba pero no me gustó así que me la quité. Aún tengo el bigote, ya que era como una tradición, mi papá también lo usaba. Quiero tener el bigote como mi gran ídolo Chaplin pero tengo un inconveniente, necesito conseguir un sombrero como el de él, un



Luis Enrique Hurtado suele expresarse de manera jocosa y minuciosamente artística en temas relacionados con el séptimo arte, demostrando gusto y sabiduría por lo que hace desde que tenía 5 años, ver películas. Foto: Miguel Alguero.

bombín”, dijo Hurtado mientras atendía a un cliente que necesitaba sacar fotocopias.

Como Video Arte Chaplin no da para sostener su casa, junto con su esposa venden arepas y sus dos hijos Diego Fernando y Oscar Enrique también aportan para el sostenimiento material. En relación con el sustento del negocio, además de vender cintas filmicas, saca fotocopias y arrendó parte del local para la venta de minutos y arreglo de celulares. Esto ha hecho de Luis Enrique un hombre recursivo, quien ante cada situación que se le presenta repite esta frase: “Nada es causal en la vida, todo tiene su razón”.

Sus hijos lo califican como una persona dedicada con los quehaceres del hogar y detallista con cada integrante de la familia. “Mi papá es muy colaborador en la casa, prácticamente mi papá y mi mamá hacen lo mismo. Lavan la losa y la ropa, trapean, barren, pareciera que fueran amos de casa. Además, se preocupa para que no nos falte nada”, comentó Diego Andrés, su hijo mayor.

La preocupación por cerrar Video Arte Chaplin, como ha sucedido con otros negocios de este tipo, indica la crisis sobre la formación cultural de los santandereanos. Es lamentable decir que el futuro para esta iniciativa cultural es incierta, pero es la realidad. La industria de la ‘piratería’ y la digitalización de películas en Internet no permiten que este tipo de trabajo prospere en la ciudad. Por esta razón Luis Enrique ha decidido cerrarlo y seguir trabajando desde su casa ubicada en el barrio San Alonso. De esta manera llegó a su fin uno de los lugares con mayor cultura y memoria filmica nacional; sin embargo, para Hurtado el gusto y admiración por el buen cine y la fotografía nunca terminará y su recuerdo prolongará en las próximas generaciones.

“Todos buscan el amor verdadero; yo busco jugar al fútbol toda mi vida”: Danilo Moreno



A dos horas de Bucaramanga se forma en silencio una promesa del fútbol. Un niño que busca ser profesional en este deporte, haciéndose “a pulso”, poniéndole empeño a sus estudios escolares y contando con el apoyo de sus padres. ►

Danilo fue el goleador de la Selección Santander con siete dianas, llevando su equipo hasta la final y logrando el subcampeonato. Foto: Suministrada del archivo familiar de los Moreno Cala.

Por:

Jorge Mayorga | jorge.mayorga@upb.edu.co

-*Quién es Danilo*-, le pregunté a Johan, hijo de Huber Rojas, entrenador de la Academia Santandereana, un equipo de los 37 actualmente inscritos en la Liga Santandereana de Fútbol.

-*Mírelo es el 7, el que está corriendo por la banda izquierda, el que va allá*-, me dice cuando tratábamos de buscar al entrenador de la Selección para sacarle unas fotos a Danilo. Mientras caminábamos hacia el interior del campo pensaba en su contextura física: poco más o menos 1.69 de estatura y sin contar el pelo que tal vez le sumaba algunos centímetros más, de piernas fornidas para un niño de 13 años y brazos musculosos como si alzara pesas todos los días.

Estaba sorprendido no solo por su figura, sino por las corridas que pegaba para alcanzar el balón. No creía que tuviera tan poca edad. Miraba al resto de niños y él era de los más grandes y acuerpados de la selección.

-*Dani, ¿el profesor?*-, le grita Johan desde la distancia. -*No vino*-, respondió. -*Están ellos tres*-, aseveró Danilo a lo lejos. Nos dirigimos hacia al asistente para que nos diera el permiso de tomar fotos. Intentaba ver los movimientos de Danilo en el entrenamiento, corría y no paraba. En ese momento la temperatura ya hacía sudar hasta un padre de familia que esperaba a sus hijos en las gradas.



A su corta edad, Danilo acompañaba a su padre en los torneos que él disputaba como aficionado. Foto: Suministrada del archivo familiar de los Moreno Cala.

“Tuve la mala fortuna de escucharle decir a una profesora: ¿es que ahora piensan vivir de eso, es que el fútbol les va dar de comer?”: Ximena Cala, mamá de Danilo.

-*Corre, corre. Métela toda*-, se le oía a uno de los tres asistentes decirles a los jugadores para que alcanzara el balón, que anteriormente había lanzado al vacío (término utilizado en el fútbol para correr hacia un determinado espacio en solitario dentro de la cancha).

Antes de ir al entrenamiento a conocer a Danilo, Huber su entrenador desde el año 2012 me contó que fue uno de los 27 niños que logró pasar al equipo de la categoría Infantil después de varios filtros que dispone la Selección para elegir a los jóvenes.

-*Danilo es una bendición*-, me dice observando sus propios trofeos que en ese momento estaban frente a nosotros. Huber es un tipo de aspecto noble, sonríe cada vez que se le pregunta por Danilo. Miro su casa atestada de medallas conseguidas a lo largo de sus 20 años como formador de niños. -*¿Por qué formador; y no entrenador?*-, le pregunté dudoso mientras anotaba en mi cuaderno de dos páginas. -*Porque uno no entrena niños para ser personas, uno forma personas por medio del fútbol*-. Esto fue lo último que me expresó antes de frotar sus manos por los ojos, síntoma de querer ir a dormir.

Es el turno de Danilo para realizar el ejercicio: toma el balón blanco con líneas grises, da dos, tres pasos hacia el cono que indica la posición de partida y realiza un toque dirigido a su entrenador. Éste la recibe a más de siete metros y pateo hacia la banda lateral. Corre como “alma que lleva el diablo”. El balón da tres botes friccionando el césped, la pelota ya ha recorrido más de 20 metros y antes que diera el cuarto bote sobre el campo, Danilo alcanza el balón y se devuelve a su posición con el sudor ahogante de las tres de la tarde y sin ningún síntoma de fatiga.

-*El chino es el que más corre*-, dicen sus compañeros entre susurros. En la selección todo es una lucha, se logra ver la competencia en cada uno. Todos quieren jugar, dan lo mejor que tienen y Danilo es el mejor alcanzando el balón.

El entrenamiento estaba dividido en tres grupos: el de arqueros, resistencia física y definición. Mientras unos le pegaban a los palos para mejorar su definición, al estilo de Ronaldinho en los comerciales de gaseosa, los otros corrían, y los del fondo del arco volaban. Tres experiencias distintas pero con un mismo fin, ganarse la titular en la Selección.

Hacía mucho sol, sudaba sin parar. El asistente me informa que no puedo sacar fotos por orden del entrenador, el cual había llamado por celular. No le doy mucha importancia a eso. Salgo del terreno con el sol a cuestas haciéndome empapar de sudor la correa de la cámara que en ese momento tenía atravesada. Al salir me detengo en la línea final, tomo la cámara y doy ráfagas estrepitadas para sacar una buena foto pero el asistente pega un alarido desde la distancia para que saliéramos de la cancha y nos sentáramos en las graderías.

El asistente finaliza el condicionamiento físico y el desarrollo técnico que desempeñaban durante la primera parte del entrenamiento. Los niños se reúnen, toman agua y molestan entre ellos. Danilo sale lentamente del terreno. Busca su maleta, saca el termo con agua y se refresca. Lo guarda y otra vez está en la mitad de la cancha.

Seguía la práctica pero ahora con movimientos tácticos dentro del terreno de juego, un partido entre suplentes y titulares era la exigencia que debían afrontar los niños frente a sus entrenadores. En ese instante tenía mucha expectativa de ver al chico jugar, reparten los petos y no logro visualizar bien en qué quedó Danilo, *-búsquelo por el 7-*, pronuncia Johan al verme intentando a través del lente. *-Suplente, quedó de suplente-*, dice Johan un poco molesto por la decisión del asistente técnico.

Además del notorio fastidio, Johan agrega que Danilo fue uno de los goleadores del campeonato Asefal que se disputó en Barranquilla. *-Hizo siete tantos. Dos por debajo del goleador del torneo, ¡y cómo viene este man a dejarlo en la banca!-*, concluye Johan en simultáneo mientras arruga sus cejas.

“Danilo es el anhelo de lo que uno quiere ver en los estudiantes: disciplina”: Juan Carlos Álvarez, profesor de educación física.



Juan Carlos Álvarez es el profesor de educación física que más ha apoyado desde que el joven ingresó al colegio Fray Nepomuceno Ramos.
Foto: Jorge Mayorga.

No cabe duda que para un jugador el peto simboliza más que ser suplente. *-La banca para muchos es sinónimo de no estar haciendo las cosas bien-*, me responde Johan al preguntarle sobre su fastidio por ver a Danilo con el peto. Se reúnen los equipos en la mitad del campo y cada uno, titular y suplencia hacen un círculo para hablar, tal vez de las debilidades del otro. Se alientan entre ellos y gritan *“SANTANDER, SANTANDER, SANTANDER”* como si fuera un partido por la final de la copa del mundo.

Empiezan los toques. El equipo suplente mantiene la posesión del balón. Dani recibe y toca, ese es su trabajo. Mientras él corre, una que otra foto sale bien. Obturo hasta sacar la mejor. El chico pide el balón pero el 10 decide no pasársela. Así transcurren 15 minutos. Y se escuchan susurros: *¡Dénsela! ¡Dénsela!*, repetía Johan detrás de mí.

Danilo señala con su mano derecha la banda, indicando que se la pasen como hicieron hace unos minutos en el entrenamiento. Tirlarla al espacio para que él saliera corriendo como un potro y lanzara un centro. “El potro” es el apodo que sus amigos le han puesto resaltando su agilidad a la hora de correr y esfuerzo físico. Se notaba la intranquilidad que sentía. De repente le queda una pelota y decide rematar. Pasa lejos de la portería. Estaba ansioso, tal vez porque le tomaba fotos o quizás porque tenía el peto azul. ►



Danilo intenta alcanzar el balón que anteriormente fue pateado por su entrenador. Foto: Jorge Mayorga.

Busco posibles ángulos para las fotos. Encuentro uno y decido cambiar de posición. Me dirijo hacia la puerta por donde entran los jugadores. La deslizo a medio abrir para que no genere desenfoco con las mallas que separan la cancha de las graderías. Clic, clic, clic. Danilo ya no está. El asistente técnico decide sacarlo del partido. Con gran desazón se dirige a la línea. Se quita el peto y se sienta.

Esa corpulencia Danilo la utiliza para ayudar a su familia, compuesta por la madre, el padre y una hermana más, en una casa de cinco metros y de fachada inacabada en el municipio de Rionegro, Santander, a 25 kilómetros de Bucaramanga. A veces, durante dos horas carga ladrillos a la volqueta de su padre, el negocio con el que César logra sostener no solo la alimentación diaria sino los 15 mil pesos que el muchacho invierte todos los días en su apuesta por lograr ser un destacado futbolista.

Dani, como le dice cariñosamente su padre César, nació el 23 de febrero del 2002 en Bucaramanga, Santander. Empezó su carrera futbolística a los cinco años. A esta edad recibió su primer “no”. *-Él estaba tan entusiasmado de jugar que le compramos sus primeros guayos y canilleras, pero el profesor le dijo que “no” por ser muy pequeño-*, cuenta su madre Ximena Cala un poco acongojada al recordar.

“Cuando él escuchó que no podía jugar, me miro y le dije: Dani, será en otra oportunidad”. Esas fueron las primeras palabras de su madre Ximena, intentando consolar la primera negación que recibía su hijo en el fútbol. Un “no” que recibió hasta el mismo Messi cuando su padre lo llevó a que se probara en varios equipos argentinos, pero por su estatura y condición física no pudo competir, de forma inicial, en su propio país de origen.

Después del “no”, Danilo se dedicó a patear y acompañar a su padre en una y otra ‘recocha’ en Rionegro, su lugar de crianza. Allí jugó en el equipo del pueblo, pero por condiciones ajenas a él como la politiquería y corrupción, el equipo del pueblo no prosperó. Así que sus padres decidieron inscribirlo al Afis, un equipo de la capital santandereana en el que tampoco pudo jugar lo esperado.

-Era banca y solo me ponían a jugar cinco minutos-, cuenta Danilo tímidamente al preguntarle por su proceso.

400 mil pesos mensuales gasta César en transporte para que su hijo pueda asistir a los entrenamientos con la Selección Santander.

Del Afis pasó a la Academia Santandereana Fútbol Club, equipo que actualmente es el dueño de su pase. Entró a jugar ahí por recomendación del padre de Jhonier, su mejor amigo que también vive en Rionegro y juega en la Academia.

El papá de Jhonier fue uno de los precursores para que Danilo llegara a la Academia con Huber. César cuenta que le insistió para que lo inscribiera pero no fue una decisión fácil, dado que su hijo debía tomar el bus para llegar a los entrenamientos sin compañía de él.

-La primera vez que fui a entrenar a Bucaramanga sin compañía de nadie fue en la Academia, en ese momento tenía mucho miedo. Solo pensaba en los buses que debía coger y en dónde debía bajarme-, comenta Danilo un poco exhausto después de llegar de la práctica.

Dos horas duraba en la buseta para llegar a los entrenamientos con Huber, un recorrido de 25 kilómetros que ha hecho hasta el día de hoy desde que decidió dar su vida por este deporte. Pese a esto, el chico no solo es bueno con el balón, sino con el estudio. En la actualidad cursa octavo grado en el colegio Fray Nepomuceno Ramos y está entre los cinco mejores estudiantes con mayor rendimiento.

Todos los días se levanta a las 5:30 de la mañana, alista la maleta del colegio y la del entrenamiento; cuadernos, libros y lápices seguidos por el par de guayos, uniforme y canilleras, todo listo para después ir a entrenar. Toma el desayuno que con tanto esmero hace Ximena para su familia. Danilo come ligeramente y sale de su casa rumbo al colegio, que está en la entrada del pueblo, una cuadra más arriba del puente que saluda a cada transeúnte que se topa con Rionegro.

Juan Carlos Álvarez, profesor de Educación Física de Danilo, es la persona que más ha apoyado el esfuerzo del joven por cumplir sus sueños. Él y otros profesores de la Institución le han alivianado el largo camino que se necesita para llegar, como dice Huber, a ser jugador élite. Cuenta que el chico es muy aplicado y estricto en sus cosas. *-Él es el anhelo de lo que uno quiere ver en los estudiantes: disciplina-,* pronuncia con orgullo.

La Institución alberga mil 270 estudiantes de secundaria, 706 en primaria y 109 en preescolar. Es la escuelita a la que por tradición fueron la mayoría de rionegranos, tiene aproximadamente 70 años desde que se creó como colegio, asegura Juan Carlos.

“Danilo fue uno de los 27 niños en pasar a la Selección Santander después de que mil niños se presentaran de todo el Departamento”: Huber Rojas, entrenador de la Academia Santandereana de Fútbol.

César cuenta que el sueño de su hijo por ser futbolista le ha traído problemas en el estudio, inconveniente que surgió cuando sus prácticas con la selección se cruzaron con sus estudios. *-Hubo días en los que él no pudo ir al colegio porque debía entrenar y si no entrenaba, era probable que no siguiera en la selección-,* indica César.

Fue así como Ximena se dirigió al colegio para pasar una carta a la rectora sobre un posible cambio de jornada para que los entrenamientos no afectaran sus estudios. Ximena cuenta que fue duro porque a veces iba y la rectora no le daba respuesta a la solicitud, tardó varios días hasta que la rectora accedió a su requerimiento. Pese a esto, también tuvo problemas con algunos profesores que no ven en el fútbol una profesión a futuro.

-Tuve la mala fortuna de escucharle decir a una profesora: ¿es que ahora piensan vivir de eso, es que el fútbol les va dar de comer?-, cuenta Ximena, recordando que sintió rabia y desazón, pero por evitar conflictos prefirió callarse para que a su hijo le fuera otorgado un permiso para asistir al entrenamiento que tenía con la Selección Santander.

Inmerso en el relato de Ximena y de cada interrupción temerosa de Danilo, me doy cuenta que ya son las 7:30 de la noche. ¿Cómo hago para volver a Bucaramanga?, pregunto. César se ríe, levanta la cabeza, mira el reloj y pronuncia: a las ocho pasa el último.

Trato de seguir mirando el partido, es bueno. Los chicos juegan parecido a los que suelen correr por la televisión, Barcelona, Real Madrid, Inter de Milán... Tal vez son sus referentes y es el tipo de juego que los entrenadores quieren que expresen en el campo. La suplencia ya ha perdido la posesión del balón y se dedica a aguantar el partido. Caen las 4 de la tarde y dan por terminada la práctica. Cero-cero. No hay diferencia y sigue la competencia entre ellos, unos por ser titulares y los otros por mantener la titularidad en la selección. ►

Salen los muchachos y espero a que Danilo salga y se refresque un poco, yo también decido hacerlo: compro una bolsa con agua y lo persigo hasta la salida. Él se sienta con un grupito de compañeros, charlan un rato hasta que Johan lo llama y hablamos.

Conversamos del porqué lo habían sacado del partido, le ofrezco disculpas por sacarle fotos en el entrenamiento, -a lo mejor su entrenador no le gustó y lo sacó- le dice Johan. -No. También sacaron a Pacheco-, dijo sin mayor impresión y con la humildad que lo han caracterizado sus más allegados.

Johan se despide cojeando. Enciende la moto y sale disparado por la calle que divide el colegio tecnológico con el estadio Alfonso López. -¿Usted va para Rionegro?-, pregunta Danilo. -Sí, dónde podemos coger el bus-, le respondo. -Toca bajar hasta la 15-, es decir, 10 cuadras y algo más.

Caminamos cuadra tras cuadra. No hablaba, solo determinaba la línea blanca que separa el andén de la carretera. Es difícil sacarle una palabra, le expreso lo impresionado que estoy de verlo. Me imaginaba a esa edad, le hablo sobre mis gustos y por qué hago lo que hago, pero responde escueta y ágilmente. No sé si por evadirme o porque está agotado del entrenamiento.

Bajamos por la calle 10 para más adelante rodear el caballo de Bolívar y seguir hasta la carrera 15. Cuando vamos de camino nos topamos con un accidente provocado por una motocicleta. Danilo levanta la mirada, observa poco y vuelve a fijar sus ojos en la línea que separa el andén.

Es obsesivamente callado, responde poco hasta que decide cambiar los papeles, tal vez cansado de tanta preguntadera. -¿A usted no le da como miedo pena preguntar cosas?-, lo pronuncia mientras se ríe. -No, un día fui como tú. Era demasiado tímido para lo que había escogido (ser periodista), así que fui perdiendo la timidez por mi carrera-. Después de esto se echa a reír, es la primera vez que siento que le agrado.

-Ahí viene la buseta-, indicó. Era un colectivo pequeño que recorre la Avenida Quebradaseca hasta la cabecera municipal de Rionegro. Subimos y cancelamos 5 mil 600 pesos por los dos, dimos varios pasos y nos sentamos en la última fila al lado de un señor que tenía herramientas de albañilería, supongo. En el que pequeño viaje hablamos de todo, hasta le presté mi celular para que escuchara algunas notas de una amiga que hablaba en inglés.



Danilo a sus cuatro años ya demuestra su amor por la pelota. Foto: Suministrada del archivo familiar de los Moreno Cala.

-¿Cuál es tu mayor referente en el fútbol?-, le pregunté mientras su mirada se perdía por el ventanal. -Beckham. Me gusta cómo le pega al balón-, concluyó. Fue rara su respuesta, en ese momento pensé que iba a mencionar otro jugador más cercano a sus habilidades, no sé, alguien que se asemejara más a su juego por la banda, pero no, su referente es David Beckham: el de los goles de tiros libres y abdominal tatuado.

De las largas conversaciones con sus padres recordé las palabras de Ximena. -Danilo es muy vanidoso, cada vez que hace ejercicio se mira al espejo-, eso me ayudó a entender su respuesta del porqué el chico se veía en el jugador inglés.

Continuamos hablando. De repente una señora grita: -¿me hace el favor y me timbra?-. Danilo se levanta acelerado y hace el favor. Como puede, le ayuda a bajar las bolsas que llevaba. Fue muy cordial de su parte, amabilidad que, entre todos los pasajeros, solo tuvo él. Me hacía recordar algunos aspectos de mi niñez. Seguimos hablando, ya había dejado un poco la pena hacia mí, le pregunté si tenía algún otro sueño a parte del fútbol. "Llegamos", fue lo único que respondió al finalizar el recorrido.

Quizás el otro sueño esté ligado al primero y es darle a su padre una volqueta nueva para que siga transportando arena y ladrillos, trabajo con el que su padre ha luchado toda la vida para que su hijo esté cada vez más cerca de ser un profesional del fútbol.

Sepultando vidas



Vicente Pérez, arreglando una de las tumbas del cementerio La Colina. Foto: María Paz Atuesta.

Plataforma reconstruyó a partir de relatos la labor de una profesión poco valorada y llena de imaginarios en el departamento de Santander.

Por:

María Paz Atuesta Camargo | maria.atuesta.2013@upb.edu.co
 Angie Carolina Rodríguez Angarita | angie.rodriguez2014@upb.edu.co
 María Angélica Campos Barahona | maria.campos@upb.edu.co

“¿Ustedes qué hacen acá?”, pregunta un hombre quien nos revela después de un tiempo que es sepulturero. Cautivado por la presencia de tres periodistas que andan buscando las historias de quienes trabajan en los cementerios de la ciudad, Vicente Pérez accede a una entrevista de manera amable.

En un cementerio se tejen todo tipo de historias, y una de estas es que las ramas de un árbol se entrelazan entre sí mostrando claramente los seis días que vivió un bebé, quien según determinó la Fiscalía fue asesinado por su mamá en el año 2009. Por el crimen, la mujer fue sentenciada a 37 años de prisión. Este fue un hecho que causó revuelo en el país y que todavía sigue atrayendo a curiosos al cementerio Jardines La Colina, en Bucaramanga.

Algunas de las personas que laboran en este cementerio le contaron a la revista que aunque existen muchos tabúes alrededor de la muerte, consideran que su lugar de trabajo es un remanso de paz en el

que siempre se respirará tranquilidad. Sin embargo, explican que ser sepulturero no es una tarea fácil, pues cada día deben enterrar personas y saber cómo abordar a los familiares entristecidos. Por esta razón, creen que lo clave es tener fortaleza mental, algo que ganan con el tiempo y la experiencia.

Eduardo Rojas Montañez recuerda que accedió a ser sepulturero después de buscar por varios meses trabajo y afrontar una situación de deudas. Menciona que al principio no le era fácil su trabajo, pero con el tiempo se acostumbró a una rutina que ya suma cinco años. Rojas explica que le gusta mucho estar en La Colina porque “es muy campestre; hace que uno se sienta en otro mundo”, desmintiendo de paso todos los mitos que se construyen alrededor de estos lugares. “Todas esas cosas son temores que la gente se crea”, dice.

Como buen santandereano, es amante de su trabajo y aunque muchas veces sale tarde del cementerio, asegura que nunca ha sentido temor o miedo. “Hace unas semanas había neblina y un visitante me comentó que si la neblina bajaba de esa manera, significaba que ahí venían los muertos. Simplemente le respondí que era neblina y nada más”. ►

Durante 2015 Rojas no pudo ejercer su labor como sepulturero por problemas en la columna, pero mientras se recupera realiza otras labores como barrer las hojas que caen de los árboles o servir de guía a quienes están buscando las tumbas de sus seres queridos. “Me gusta todo lo que hago, además tengo seguridad social y el ambiente laboral es muy bueno”, añade.

Antes de trabajar como sepulturero Eduardo era estampador textil e intentó trabajar en Venezuela, pero por la situación que atraviesa ese país prefirió regresar a Colombia. Afirma que la mejor decisión fue regresar. En sus horas libres toma refrigerio y de forma extra laboral, sólo cuando se justifica monetariamente, realiza algunos trabajos de estampado.

Aunque Eduardo no cree en los mitos del cementerio porque “el muerto, muerto está”, se sabe una que otra historia que cautiva a más de uno, como por ejemplo la de un bebé que con apenas seis días de nacido fue asesinado por su madre, como lo determinó la justicia. Según cuenta, muchas personas vienen a visitar su tumba y algunos aseguran que oyen llorando al pequeño como si su alma estuviera penando.

También ha podido encontrar maleficios, los cuales hacen referencia a cartas escritas que dejan cerca de las tumbas; entierros de muñecos con alfileres en todo su cuerpo o lazos en sus articulaciones que pueden significar dolor o amarres de amor; monedas que simbolizan ruina; la vulva de madera (aparatos reproductores del hombre y la mujer) para que la persona no funcione sexualmente y pierda el deseo de estar con su pareja; oraciones para la mala suerte y desdicha, y el búho para que la persona no pueda dormir y enloquezca. El procedimiento que los sepultureros emplean al encontrar este tipo de elementos es romperlo y tirarlo a la quebrada, en lo posible recomiendan no tocarlo directamente.

Rojas comenta que aunque los trabajadores son muy tranquilos frente a estas situaciones; mucha gente cree en supersticiones: “aquí nadie está preparado para la aceptación de la muerte y por eso se crean esos temores”, dice.

Julio César Ortiz es otro sepulturero y al igual que Eduardo Rojas llegó a este oficio por falta de oportunidades de empleo. Fue su suegro quien le avisó de la oportunidad y desde hace 17 años se dedica a esta labor, a la que califica como “pesada” sobre todo cuando debe abrir lotes. Esta es una actividad que requiere de fuerza y dedicación por la extracción de grandes cantidades de tierra y piedras.

Según Ortiz, cada día en el cementerio se sepultan entre tres y cuatro difuntos. Asegura que en algunas tumbas ha encontrado muñecos con alfileres y pajas amarradas, pero a diferencia de su compañero Eduardo sí cree en supersticiones. “En las noches se sienten espantos, como el de una mujer que llora cerca de la tumba de un niño”, menciona.

Julio relata que otro de los personajes del cementerio es Jesús Ojeda “el mago”, un hombre al que varios visitantes le atribuyen milagros. Luz Estela, una mujer que da gracias al lecho de su tumba, agrega que lo conoció en vida y que fue él quien curó a su hijo de una enfermedad. Los sepultureros conocen del “mago” por las historias que les ha contado un compadre de Jesús.

Vicente Pérez es un hombre de 61 años de edad y considera que su familia es su “motor de vida”, integrado por su esposa María Eugenia, con quien está casado desde hace 35 años, y sus dos hijos Juan Carlos y María Camila. Trabajó como constructor desde sus doce años de edad, pero laboralmente sólo logró estabilidad cuando una empresa lo contrató por tres años. .

A falta de trabajo, un día Vicente decidió comprar un local en las afueras del cementerio donde vendía limonadas, jugos y salpicón. Un trabajador le ofreció la posibilidad de presentar su hoja de vida y así fue como terminó contratado. “Uno con mujer y dos hijos ya no piensa en uno sino en ellos, para darles algo mejor y por eso decidí trabajar como sepulturero”, dice.

Pérez lleva ocho años trabajando allí y con fervor agradece a Dios por darle todo lo que necesitaba, un empleo estable y una familia unida. “Gracias a mi trabajo tengo seguro anti-riesgos y salud ocupacional. Me siento a gusto con mi trabajo”.

El horario laboral en el cementerio es de 8 a 12 del mediodía y de 2 a 6 de la tarde. Y aunque en algunas ocasiones se tarda más de lo estipulado en el cementerio, Pérez asegura que nunca ha pasado nada extraño.

Vicente explica que antes vivía en Sabana de Torres, Santander, y cuando visitaba a sus hermanas llamaba su atención el clima y la gente de Bucaramanga. Esto último terminó convenciéndolo de quedarse en Bucaramanga. Anhela trabajar en otro lado y poder ganar mucho mejor, pero sabe que su edad es un factor que influye demasiado. “Algo muy importante para mí y que me da fuerzas es que soy creyente de la palabra y soy un hombre juicioso tanto en mi hogar como en mi trabajo”, comenta.

Su solución en litografía, diseño e impresión digital.



Futura

Diseño e Impresión

PBX 643 0707
www.futura.com.co



1

Impresos

Libros • Revistas • Periódicos • Anuarios
Agendas • Catálogos • Etiquetas • Afiches
Plegables • Volantes • Formas Comerciales
Impresión Digital



2

Gran Formato

Pendones • Backing • Pasacalles
Rompetráficos • Tropezones • Señalización
Decoración vehicular • Vallas



“ Trabajamos para brindarle
soluciones integrales en
comunicación visual ”



3

Promocionales

Bolígrafos • Agendas • Termos
Mugs • Sombrillas • Llaveros
Bolsas • USB • Pad Mouse • Manillas



5

Fotografía

Producción y postproducción fotográfica



4

Diseño Gráfico

Diagramación • Campañas publicitarias
Imagen corporativa • Retoque fotográfico y de color
Asesoría editorial y publicitaria • Ilustración

Horario de Atención Lunes a Viernes

7:30 a.m. a 12:00 p.m.

1:30 p.m. a 6:00 p.m.

Sábados

9:00 a.m. a 12:00 p.m.

NUEVA DIRECCIÓN

Calle 45 No. 27A - 33 Of. 201
PBX 657 6688

Móvil 313 387 5438 • 313 387 5861

correo futura@futura.com.co

Planta de Producción

Zona Industrial San Francisco

Bucaramanga - Colombia

Todo comienza con una
buena decisión.



Admisiones vía web • www.upb.edu.co

SEGUNDO SEMESTRE 2016

PROGRAMAS

- **DISEÑO GRÁFICO**
SNIES 105230 - **NUEVO**
- **ADMINISTRACIÓN DE EMPRESAS**
SNIES 15313 - *Modalidad 4+1*
- **ADMINISTRACIÓN DE NEGOCIOS INTERNACIONALES**
SNIES 53912 - *Modalidad 4+1*
- **COMUNICACIÓN SOCIAL PERIODISMO**
SNIES 52363
- **PSICOLOGÍA**
SNIES 1409
Acreditación de Alta Calidad MEN
- **DERECHO**
SNIES 17411
- **INGENIERÍA DE SISTEMAS E INFORMÁTICA**
SNIES 102907
- **INGENIERÍA ELECTRÓNICA**
SNIES 1412
Acreditación de Alta Calidad MEN
- **INGENIERÍA AMBIENTAL**
SNIES 3549
- **INGENIERÍA MECÁNICA**
SNIES 10625
- **INGENIERÍA CIVIL**
SNIES 2524
Acreditación de Alta Calidad MEN
- **INGENIERÍA INDUSTRIAL**
SNIES 2234

ELIGE BIEN,
ELIGE UPB

MAESTRÍAS

- **INGENIERÍA ELECTRÓNICA**
SNIES 90957
- **DERECHO**
SNIES 104281
- **INGENIERÍA CIVIL**
SNIES 102781
- **PSICOLOGÍA**
SNIES 91298

ESPECIALIZACIONES

- **GERENCIA DE MANTENIMIENTO Y CONFIABILIDAD**
SNIES 105376 - **NUEVA**
- **DERECHO CONTRACTUAL Y TEORÍA DE LA RESPONSABILIDAD**
SNIES 104973
- **GERENCIA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN**
SNIES 102605
- **SEGURIDAD INFORMÁTICA**
SNIES 52396
Conducente a título de Magister
- **CONTROL E INSTRUMENTACIÓN INDUSTRIAL**
SNIES 53170
- **ENSEÑANZA DEL INGLÉS**
SNIES 90454
Conducente a título de Magister
- **FINANZAS**
SNIES 102768
- **GERENCIA DE LA COMUNICACIÓN ORGANIZACIONAL**
SNIES 4279
Conducente a la Maestría de Comunicación Organizacional de la UPB Medellín
- **PRESERVACIÓN Y CONSERVACIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES**
SNIES 55078
- **GERENCIA DEL AMBIENTE**
SNIES 4323
- **GERENCIA E INTERVENTORÍA DE OBRAS CIVILES**
SNIES 53426
- **VÍAS TERRESTRES**
SNIES 7762
Conducente a título de Magister
- **PSICOLOGÍA CLÍNICA**
SNIES 51791
- **FAMILIA**
SNIES 4956
- **GERENCIA**
SNIES 11257
- **SISTEMAS INTEGRADOS DE GESTIÓN**
SNIES 52757
- **MERCADEO INTERNACIONAL**
SNIES 53020

UPB Colombia:
Medellín – Bucaramanga – Montería – Palmira – Bogotá

Institución de educación superior sujeta a inspección y vigilancia por el Ministerio de Educación Nacional.

DEPARTAMENTO DE PROMOCIÓN ACADÉMICA
Campus Universitario
Km. 7 vía Piedecuesta – Edificio J Of. 205
PBX: 6796220 Ext. 300 – 424 – 474 – 440